

Miguel Delibes

El príncipe destronado

La originalidad de esta novela estriba en el reducido marco que el autor se ha impuesto, no sólo en los límites cronológicos —la obra se desarrolla a lo largo de unas horas de un día de diciembre—, sino al tener la valentía de centrar el peso de la anécdota sobre un niño de tres años.

Los conflictos entre los adultos, los barruntos dramáticos que se apuntan sólo valen en cuanto rozan la psicología de Quico, el pequeño protagonista. Se trata pues, de una tentativa de aproximación al mundo de la primera infancia, ese mundo inefable y sepultado en el fondo de los tiempos a que a veces parece aflorar, para esfumarse de nuevo, al conjuro de un sabor, un aroma o una canción. Por la sencillez y sensibilidad con que han sido descritos, algunos personajes de esta obra quedarán como antológicos dentro de los tratados por Miguel Delibes.

Martes, 3 de diciembre de 1

Entreabrió los ojos y al instante, percibió el resplandor que se filtraba por la rendija del cuarterón, mal ajustado, de la ventana. Contra la luz se dibujaba la lámpara de sube y baja, de amplias alas —el {ángel de la guarda — la butaca tapizada de plástico rameado y las escalerillas metálicas de la librería de sus hermanos mayores. La luz, al resbalar sobre los lomos de los libros, arrancaba vivos destellos rojos, azules, verdes y amarillos. Era un hermoso muestrario y en vacaciones, cuando se despertaba a la misma hora de sus hermanos, Pablo le decía: “Mira, Quico, el Arco Iris”. Y él respondía, encandilado:

“Sí, el Arco Iris; es bonito,
¿verdad?”

A sus oídos llegaba ahora el zumbido de la aspiradora sacando lustre a las habitaciones entarimadas, y el piar desahogado de un gorrión desde el poyete de la ventana. Giró la cabeza rubia sin levantar la nuca de la almohada y, en la penumbra, divisó la cama, ordenadamente vacía, de Pablo y, a la izquierda, el lecho vacío, las ropas revueltas, el pijama hecho un gurrño, al pie, de su hermano Marcos, el segundo. “No es domingo”, se dijo con tenue voz adormilada y estiró los brazos y entreabrió los dedos de la mano contra el haz de luz y los contrajo y los estiró varias veces y sonrió y canturreó maquinalmente:

“Están riquitas por dentro, están bonitas por fuera”. De repente, cesó el ruido de la aspiradora allá lejos y, de repente, se impacientó y voceó:

—¡Ya me he despertaooooo!

Su vocecita se trascoló por los resquicios de la puerta, recorrió el largo pasillo, dobló a la izquierda, y se adentró por la puerta entreabierto de la cocina y Mamá, que enchufaba la lavadora en ese instante, enderezó la cabeza y dijo:

—Me parece que llama el niño.

La Vítora entró en la habitación en penumbra como un torbellino y abrió los cuarterones de las ventanas.

—A ver quién es —dijo— ese niño que chilla de esa manera.

Pero Quico se había cubierto cabeza y todo con las sábanas y aguardaba acurrucado, sonriente, la sorpresa de la Vítora. Y la Vítora dijo mirando a la cuna:

—Pues el niño no está, ¿quién lo habrá robado?

Y él aguardó a que diera varias vueltas por la habitación y a que dijera varias veces: “Dios, Dios, ¿dónde estará ese crío?”, para descubrirse y entonces la Vítora se vino a él, como asombrada, y le dijo:

—Malo, ¿dónde estabas?

Y le besaba a lo loco y él sonreía vivamente, más con los ojos que con los labios, y dijo:

—Vito, ¿quién te creías que me había robado?

—El hombre del saco —respondió ella.

Y echó las ropas hacia atrás y tanteó las sábanas y exclamó:

—¿Es posible?, ¿no te has meado en la cama?

—No, Vito.

—Pero nada, nada.

El niño se pasó las manos, una detrás de la otra, por el pijama:

—Toca —dijo—. Ni gota.

Ella le envolvió en la bata, de forma que sólo asomaban por debajo los pies descalzos, y le tomó en brazos.

—Espera, Vito —dijo el niño—.

Déjame coger eso.

—¿Cuál?

—Eso.

Alargó la pequeña mano hasta la estantería de los libros y cogió un tubo estrujado de pasta dentífrica y accionó torpemente el tapón rojo a rosca y dijo, mostrando los dos paletos en un atisbo de sonrisa.

—Es un camión.

La Vítora entró en la cocina con él a cuestas.

—Señora —dijo—, el Quico ya es un mozo; no se ha meado la cama.

—¿Es verdad eso? —dijo Mamá.

Quico sonreía, el largo flequillo rubio medio cubriéndole los ojos, erguido y desafiante, se desembarazó con desmanotados movimientos de la bata que le envolvía y dijo tras pasarse insistentemente las manos por el pijama:

—Toca; ni gota.

La Vítora se sentó en la silla blanca y abrió el grifo del baño blanco y la lavadora mecánica zumbaba a su lado y el niño, mientras el agua caía, enroscaba y desenroscaba el tapón rojo del tubo con atención concentrada, mientras intuía los suaves movimientos de la bata de flores rosas y verdes, y, de pronto, la bata se aproximó hasta él y sintió un beso húmedo, aplastado, en las mejillas y oyó la voz de Mamá:

—¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es ésa?

Quico levantó de golpe la cabeza.

—No es porquería —dijo—. Es un camión.

La Vítora le izó en el aire mientras Mamá le desprendía de los pantalones y, al contacto con el agua, el niño encogió los dedos del pie y le dijo la Vítora:

—¿Quema?

Y él:

—Sí, quema, Vito.

La misma Vítora, con el codo, soltó el grifo frío y, al cabo, le dejó en la bañera y él se miró, desnudo y rió al divisar el diminuto apéndice.

—Mira, el pito —dijo.

—Ahí no se toca, ¿oyes?

—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.

—¿Que tonterías dice ese niño? —dijo Mamá.

Quico deslizaba el tubo sobre la superficie del agua y hacía “booon-booon”, y dijo:

—Es un barco.

Dijo la Vítora:

—¡Qué sé yo! Ahora le ha dado por eso, ya ve.

—Alguien se lo enseñará —dijo Mamá reticente, mientras ponía en la lavadora el pijama del pequeño.

La Vítora se sofocó toda:

—Ande, lo que es una... Digo yo que será al rezar. La criatura oye lo del espíritu santo y ya ve, ni distingue.

Colocó al niño de pie y le enjabonó las piernas y el trasero. Luego, le dijo:

—Siéntate. Si no lloras al lavarte la cara, te bajo conmigo a por la leche donde el señor Avelino.

El niño apretó fuertemente los labios y los párpados, en tanto la Vítora le restregaba la cara con la esponja. Resistió varios segundos sin respirar y, al cabo, chilló:

—¡Ya basta, Vito!

La Vítora tomó al niño por las axilas, le envolvió en una gran toalla fresca y pasó con él a la cocina y, entonces, la Loren, la de doña Paulina, la divisó desde el descansillo del montacargas a través de la puerta encristalada y le hizo señas y le gritó:

—¡Quico, dormilón! ¿Ahora te levantas?

La Vítora le frotaba con la toalla y le dijo por lo bajo: “Dila, buenos días, Loren”. Y el niño, bajo la toalla fresca, voceó:

—Buenos días, Loren.

Y dijo la Loren:

—Buenos días, hijo. ¿Sabes que se murió el gato? ¡Mira!

Levantó en el aire un pingajo negro y el niño lo distinguió, como preso, a través del enrejado del montacargas y dijo:

—¿Por qué se ha muerto, Loren?

La Loren le respondía con voz aguda y chillona que franqueaba los cristales como un rayo de sol:

—¿Sabes tú por qué pasan esas cosas? Le llegó su hora y nada más.

El niño no soltaba el tubo de la mano. Dijo a la Vítora a media voz:

—¿Qué dice la Loren?

La Vítora no le hizo caso. Le dijo a la Loren:

—Buena estará tu señora.

—Calcula.

La Loren arrojó el cadáver del gato al cubo de desperdicios.

—¿No lo entierras, Loren? —chilló Quico.

—¿También quieres que enterremos esa basura?

—Claro —dijo el niño.

Mamá entraba y salía de la cocina.

El niño estiró el bracito con el tubo de dentífrico en la mano y se lamentó:

—¿Ves? Me se ha mojado el cañón.

Sécamele.

La Vítora le pasó la toalla dos veces. Le dijo:

—¿No era un camión?

—No —dijo Quico, destapándole y mostrando la boca del tubo—, es un cañón, ¿no lo ves?

—¿Y para qué demontres quieres tú un cañón?

—Para ir a la guerra de Papá —dijo.

Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—Este niño se ha constipado.

Salió después y el vuelo de la bata de flores rojas y verdes dejó flotando en el aire como una estela confortadora. La Vítora le dijo al niño, mientras le ponía la elástica:

—Si toses, llamamos al Longinos.

—¡No!

—¿No quieres que venga el Longinos?

—¡No!

—Pues a mí me pinchó una vez y no me hizo daño, ve ahí.

Le embutió en una blusita azulona y le puso encima un jersey rojo vivo.

Después le puso un pantalón de pana blanda. Quico frunció levemente el ceño y permanecía inmóvil, como pensativo. Dijo finalmente:

—Yo no quiero que venga Longinos.

—Pues no tosas.

Quico protestó:

—Yo no sé cuándo toso.

La Vítora concluyó de vestirle y le dejó en el suelo, dobló la toalla fresa y la depositó sobre el respaldo de la silla blanca, pasó al baño y tiró del tapón para que desaguara.

Miró al niño, desamparado, y le dijo:

—El Longinos es bueno. Viene cuando estás malo y te pincha para que te pongas bueno.

Hablaba alto para dominar el zumbido de la lavadora eléctrica. El niño levantó la cabeza para ampliar las perspectivas de los bajos de la bata listada de azul de la Vítora.

—¿Y dónde te pincha, Vito?

—dijo—. ¿En el culo?

—Anda, a ver. Pero no digas eso; es pecado.

—¿Culo es pecado?

—Eso; y si lo dices te llevan los demonios al infierno.

El niño enroscaba y desenroscaba maquinalmente el tubo estrujado de dentífrico. Sus ojos azules parecían ausentes. Dijo:

—Juan dice que los demonios tienen alas, Vito. ¿Es verdad que los demonios tienen alas?

—A ver.

—¿Como los ángeles?

—A ver.

—¿Y se llevarán al Moro al infierno?

La Vítora le consideró con una suerte de lejana compasión. Dijo como para sí: “Qué cosas tiene esta criatura”. Y alzó la voz para decirle:

—Los gatos no van al cielo ni al infierno, para que lo sepas.

—Pero si es negro —dijo el niño, obstinadamente.

—Aunque sea negro. Los gatos van a la basura y sanseacabó.

Quico se arrodilló de improviso en las baldosas rojas, incrustadas de pequeños baldosines blancos, y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo “buuuuuuum” y, de vez en cuando, “piii—piii”, hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó aquél en el suelo, tomó el botón, lo examinó detenidamente por los dos lados, sonrió y se dijo: “Un disco; es un disco”. Y, torpemente, lo introdujo en el bolso de su pantaloncillo de pana; tomó, después, el tubo de dentífrico y lo guardó también. De repente se puso en pie y agarró el vuelo de la bata listada de azul:

—Vamos a por la leche, Vito.

—Aguarda.

—Dijiste que si no lloraba, me bajabas.

—¡Huy, madre, qué chico éste!

Atravesó el breve pasillo que la separaba del cuarto de plancha y regresó con un abrigo a cuadros y una bufanda y una caperuza rojos y se los colocó al niño rápidamente, sin que la notoria gafedad de sus manos dificultase sus movimientos.

—Anda, vamos —dijo.

—¿En zapatillas? —advirtió el niño.

Ella tomó la cesta:

—Mira, como vamos tan lejos.

El niño bajaba las escaleras primero con el pie izquierdo y, seguidamente, juntaba el izquierdo con el derecho en el mismo escalón, pero lo hacía rápido, casi automáticamente, a fin de no retrasar el apresurado descenso de la Vítora. La tienda estaba tres casas más allá y el niño, de la mano de la chica, recorrió la distancia, restregando su dedo anular por la línea de edificios. En la tienda olía a chocolate, a jabón y a la tierra de las patatas. Avelino distribuía el género en rejillas de aluminio y Quico recorrió con los ojos los casilleros coloreados con alcachofas, zanahorias, cebollas, patatas, lechugas y, por encima, los paquetes sugestivos de chocolate,

galletas, cubanitos, macarrones y, más arriba aún, las botellas de vino negro y las de vino rojo y las de vino blanco y, a mano derecha, los tarros con los caramelos.

El señor Avelino divisó su caperuza roja por encima del mostrador:

—Mucho has madrugado tú hoy, ¿eh, Quico?

—Sí —dijo el niño.

La señora Delia salió de la rebotica y, al verle, dijo:

—¿Qué dice el mozo? Mucho has madrugado.

Pero Quico, encucillado, se metía entre las piernas de la parroquia y bajo el mostrador, y bajo los tarros de caramelos, y no oía a nadie. Absorto buscaba las chapas de las botellas de Coca-Cola y de Pepsi-Cola y de Kas y las iba guardando en el bolsillo del pantalón, junto al botón negro y el tubo dentífrico y la Vítora le dijo al señor Avelino:

—¿Dónde anda el Santines?

El señor Avelino echó una mirada fugaz al reloj enmarcado de azul pálido. Dijo:

—No creo que tarde, ya hace rato que salió.

La Vítora se impacientó:

—Tengo mucha tela que cortar; déme la leche y luego el Santines que me suba esto. —Le tendió un papel al señor Avelino.

En el extremo del mostrador, una muchachita con abrigo marrón levantó una vocecita destemplada:

—¡Qué frescura! —dijo—. Todas tenemos tela que cortar, señor Avelino. Y llevo aquí de plantón más de un cuarto de hora, para que se entere. Y si cada una que llega se salta la vez...

La Vítora se volvió a ella, desencajada:

—¿Y para qué quieres la boca, hija?

Quico apareció por entre las piernas de la parroquia, mirando atemorizado a la Vítora que voceaba. El señor Avelino dijo:

—Calma, hay para todas. —Guiñó un ojo a la Vítora—: Cómo se nota que te han dejado viudita, ¿eh?

La Vítora sonrió tristemente.

—Mañana —dijo—. No me lo recuerde, señor Avelino, no sea usted malo.

El Quico ya estaba junto a ella.

Dijo tomando la mano de la Vítora y bajando la voz:

—Es malo el señor Avelino, ¿verdad, Vito?

—¡Calla tú la boca!

El señor Avelino se dirigió a los tarros de caramelos y le alargó uno a Quico:

—Toma, pequeño, un chupa—chups.

La Vítora llevaba en la cesta las botellas de leche y le dijo al señor Avelino desde la puerta:

—A ver si aviva el Santines.

—Descuida.

Quico miraba ahora el redondo caramelo amarillo y lo hacía girar y girar por el palito incrustado y cuando le tomaron por la barbilla y le obligaron a levantar la cabeza experimentó una viva irritación contra el mundo. La Señora le sonreía desde su altura, entre las pieles, dulcemente, estúpidamente, y, al cabo, le dijo a la Vito:

—¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?

—Sí, señorita, pero es nene.

La señora acentuó su sonrisa:

—Claro —dijo—, a esta edad. Le ve una tan rubio y con esos ojos...

Quico se había puesto serio, casi furioso:

—Soy un machote —dijo.

Ella rió, ya en alta voz, divertida:

—¿Así que eres un machote? —preguntó.

A Quico le dolía la nuca y la estatura de ella y su condescendencia y experimentó uno de sus súbitos arrebatos. Chilló:

—¡Mierda, cagao, culo...!

La sonrisa de la Señora se cerró instantáneamente, mecánicamente, como un esfínter.

Le regañó:

—Eso está muy feo. Los niños buenos no dicen esas cosas.

La Vítora se puso seria y le zarandeó:

—No le haga usted caso —le dijo a la Señora—. Desde que ha venido la hermanita tiene unos prontos que qué sé yo.

Dijo el abrigo de pieles:

—¿Qué número hace?

—¿Éste? El quinto. Y dicen que no hay quinto malo, ya ve.

Luego, en el montacargas, la Vítora rezongaba:

—Se lo voy a decir a tu Mamá, para que lo sepas. ¿Tú crees que son esas maneras de contestar a una señora? La Vito es demasiado de buena, pero un día se va a cansar y no te va a querer.

El niño tenía ahora, al mirarla, los ojos lánguidos, como con mucho blanco, por debajo de las pupilas.

—¿Es pecado, Vito? —dijo.

—¿Pecado? ¡Y de los gordos! Si te agarran ahora los demonios no paran hasta dejarte en los infiernos.

Al apearse en el descansillo del montacargas, Quico tenía una expresión sombría. De reojo miró al otro lado de la rejilla y divisó la madeja desmayada del Moro negreando lastimosamente entre las basuras. La Vítora dio dos golpes en el cristal. Le dijo:

—Mira, ya está tu Mamá bañando a la Cristina.

Él entró sonriente, triunfal, levantando el chupa—chups por encima de su cabeza. Reparó, de pronto, en el vientre abombado, liso, de su hermana y dijo:

—Cris no tiene pito, ¿verdad, Mamá?

—No —respondió Mamá evasivamente.

—¿Y tú? ¿Tienes tú pito, Mamá?

—Tampoco; eso sólo lo tienen los niños.

A Quico se le redondearon los ojos azules y exclamó:

—Entonces, Papá ¿tampoco tiene pito?

—Mira, Juan, un avión —dijo Quico.

Giraba sobre sí mismo sosteniendo el tubo de dentífrico entre dos dedos e imitando con la boca el zumbido de un motor y, al cabo de un rato, cesó de dar vueltas, arrastró el tubo por el fogón rojo de sintasol durante un trecho y le detuvo.

—Mira, Juan —dijo—, ha aterrizado.

La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido, sus ojos concentrados, profundos y negros ribeteados de ojeras:

—Ha adelgazado este chico —dijo—.

Se le nota.

Voceó Quico:

—¡Mira, Juan, ha aterrizado!

Mamá envolvió a la niña en la toalla fresca y dijo:

—Mañana irá al colegio. Ayer ya no tuvo fiebre.

Quico tomó el tubo y giró de nuevo sobre sí remedando el zumbido de un motor.

—Mira, Juan —dijo—: ¡qué alto vuela!

—Déjame —dijo Juan.

Los ojos negros de Juan recorrían ávidamente los carteles de la historieta y sus labios se movían imperceptiblemente: “Nuestro héroe recibe un golpe en la nuca al entrar en una de las celdas y cae de bruces al suelo”.

Quico guardó el tubo de dentífrico en el bolso del pantalón y se aproximó reverentemente a su hermano:

—¿Es bonito? —dijo.

—Sí —respondió Juan, maquinalmente.

Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:

—¿Quién es ése? —preguntó.

—El Cosaco verde —respondió Juan.

—¿Es malo?

—No; es bueno.

—¿Y ése?

—Ése es Tang; ése sí que es malo.

Es el jefe de los piratas.

Quico extrajo del bolsillo el tubo de dentífrico, lo destapó y dijo:

—Le voy a matar con mi cañón.

—Quita —dijo Juan sin alzar los ojos del tebeo, apartando a Quico ásperamente con la pierna.

—¿Por qué no quieres que lo mate con mi cañón, si es malo?

Juan no le oía. Leía ávidamente:

“Si intentas alguna traición dispararé contra ti. ¡Haz que tus hombres arrojen las armas!”

La Vítora vertía la leche en una cazuela y, al hacerlo, derramó unas gotas en la superficie de sintasol.

Depositó la cazuela sobre el hornillo y suspiró hondo.

Dijo Mamá:

—Y de Seve, ¿no se sabe nada?

—Digo yo que su madre seguirá igual, cuando no viene —respondió la Vítora y suspiró más hondo aún.

—¿Ya? —dijo Mamá.

—Mañana, ya ve. Para el caso...

Quico se encaramó en la butaquita de mimbre y, con el dedo, extendió sobre el sintasol las blancas gotas de leche. Ladeaba la cabeza como buscando una perspectiva y una vez que consiguió una madeja inextricable voceó gozosamente:

—¡Vito, Juan, San Sebas!

Juan arrojó el tebeo al suelo y se acercó a él desganado. Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:

—¿Es la playa eso?

Quico había enrojecido de entusiasmo al tiempo que exclamó:

—¡Mira, unos señores que van nadando y otro señor que toma el sol y...!

Juan encogió los hombros y de su rostro irradió un profundo desencanto.

—No se parece nada —dijo.

La Vítora se dirigía ahora a Mamá:

—Cinco de cada ciento van al África y le va a tocar a él. ¿Qué le parece?

—Mujer —dijo Mamá—. Alguno había de ir.

—¡Concho!, eso digo yo, pero ¿por qué todo lo malo tiene que tocarla a una? ¿No hay más gente en el mundo?

—¿Y el de la Paqui?

—¿Quién, el Abelardo? ¡Huy, madre! ¡ése ha nacido de pie, como digo yo. Yo no sé cómo se las arregla esa chica que todo le sale a derechas.

El sábado va y la toca el cupón y, el lunes, sortean y el novio aquí, ¿qué la parece?

La niña palmoteaba y decía:

—Atata, atata.

Quico se llegó a ella, le tomó las manos y la hizo palmotear con más fuerza y la niña reía a carcajadas y el niño rompió a reír también y la niña volvió a decir:

—Atata.

Quico tiró de la bata de flores rojas y verdes:

—¡Dice patata! ¡Mamá, Cris ha dicho patata!

Y Mamá decía:

—... y, después de todo, eso no es ninguna desgracia.

La Vítora se enfurruñó:

—Según se mire. La Paqui, ya ve, me sale ahora con que lo mismo el Femio se lía allá con una negra.

—Tonterías —dijo Mamá.

—A saber. Y el Abelardo lo mismo, que tal como están ahora los negros, cualquier cosa.

Quico volvió a tirar de la bata de flores rojas y verdes:

—Mamá, Cris ha dicho patata.

Mamá le apartó sin miramientos:

—Hijo, por Dios, déjame, qué pesado, me tienes aburrida.

La Vítora echó leche en un tazón y el resto de la cazuela lo distribuyó entre dos platos, abrió un bote con la efigie de un bebé sonriente y sirvió en cada plato una gran cucharada con copete de polvos amarillos.

—Hala, a desayunar —dijo revolviendo, alternativamente, los dos platos.

Sentó a Quico en una silla blanca, arrimó otra a la mesa para Juan y ella acomodó a la niña en su regazo.

La niña ingería la papilla sin rechistar y, a cada cucharada, se le formaba en torno a los húmedos labios un ribete amarillento. Juan colocó el Capitán Trueno ante sus ojos, utilizando el azucarero por atril, y al tiempo que migaba un bollo en el Colacao, devoraba la historieta: “pagaréis cara vuestra osadía”. “¡Aaaag!”

“Adelante, compañeros, que ya son nuestros”. “¡Toma, canalla; ahora te toca a ti!” En tanto, Quico golpeaba rítmicamente el mármol blanco con la cuchara y la Vítora le dijo:

—Vamos, Quico, come. ¡Ay, qué criatura, madre!

Quico introdujo torpemente la cuchara en la papilla y la revolvió y los surcos se marcaron profundamente en el plato. Miró y tornó a revolver.

—Te se va a quedar fría, come.

Quico canturreó: “Están riquitas por dentro; están bonitas por fuera”.

La niña concluía ya su desayuno y la Vítora se alborotó toda:

—¡Mira que llamo a tu Mamá, Quico!

Quico se llevó desganadamente a la boca una cucharada de papilla y la paladeó con repugnancia:

—¡Qué asco! —dijo.

Juan leyó con los ojos abiertos como platos: “Pero basta ya de charla; ¡vas a morir!” La Vítora dejó a la niña en el suelo y quitó la cucharilla de la mano a Quico:

—Trae acá; pareces un niño pequeño.

—¡No soy un niño pequeño!

—Sí, un pequeñajo; eso eres tú.

—¡No soy un pequeñajo!

—¡Pues come! Así te harás grande como tu Papá, que si no...

Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó; parecía un pavo:

—Ya no más, Vito —dijo con los ojos anegados, implorante.

La Vítora le pasó dos veces el babero por los labios, cogió el plato con los restos de la papilla, arrojó éstos al cubo de la basura y, luego, tomó cuidadosamente unas mondas de patatas y los cubrió. Juan le dijo a Quico:

—Quita.

Dijo Quico:

—No me he hecho pis en la cama, Juan. ¿Verdad, Vito que no me he hecho pis en la cama?

—No; ya eres un mozo.

—Atito —dijo Cris.

—¡Dice bonito! ¡La niña ha dicho bonito, Vito!

La Vítora tomó la aspiradora, el escobón, la bayeta y el recogedor y abrió la puerta:

—¡Ojo! —dijo asomando la cabeza despeinada por el hueco—. No hagáis barrabasadas.

Quico dio una vuelta completa sobre sí, gozándose en su independencia. Al cabo se dirigió a la rinconera, junto al fogón, y la abrió de un tirón. El resbalón hacía “clip” al abrirse el portillo, y “clap” al cerrarse, y Quico abrió y cerró dos docenas de veces escuchando atentamente y sonriendo. Cuando se cansó miró dentro y divisó los paños de cuadros blancos y rojos, amarillos y blancos, blancos y azules y, arriba, en el estante los frascos y botes de abrillantadores y detergentes. Cerró, se arrodilló y abrió la pequeña portilla, bajo el fogón:

—El garaje —dijo.

Cristina, sentada bajo la mesa, cogía minúsculas migas de pan y se las llevaba a la boca. Juan, inmóvil, pasaba las hojas sin pestañear.

—¡El garaje, Juan! —voceó Quico.

—Sí —dijo Juan mecánicamente.

Arriba estaba el gigantesco termo blanco —la bomba atómica— y, a la izquierda, la cocina eléctrica y, a su lado, el fogón de sintasol rojo y, más a la izquierda, la puerta encristalada del montacargas y, junto a la puerta, la fregadera empotrada y, sobre ella, el escurrer platos y, poco más allá, la pila, que hacía esquina con el corto pasillo, donde se abrían las puertas de la despensa y el aseo de servicio, y comunicaba con el cuarto de plancha.

Y el grifo frío de la pila siempre goteaba y hacía “tip” y, al cabo de diez segundos, volvía a hacer “tip”, pero eso era cuando todos, niños y grandes callaban, y, alguna vez, Quico arrastraba junto a la pila su butaquita blanca de mimbre, se sentaba y jugaba a decir “tip” al mismo tiempo que la pila y cada vez que su “tip” coincidía con el “tip” del grifo frío, de modo que hiciera “tiip”, él palmoteaba y reía a carcajadas y llamaba a Cris para que fuese testigo.

Frente a la puerta del montacargas estaba la mesa blanca, con el tablero de mármol blanco y un armario blanco colgado donde la Vítora guardaba el frutero con las naranjas, las manzanas y los plátanos, el azucarero, el salero y la tila y el boldo que Papá tomaba por las noches, después de cenar.

Y, luego, a la derecha de la puerta, que comunicaba con el resto de la casa, se alzaba la caldera de la calefacción, brillante de purpurina y una barrita de cristal encima llena de rayas minúsculas y de números y, atravesándola, un filamento rojo bermellón, que se estiraba y se encogía como la tripa de Jorge.

Quico accionó el picaporte poniéndose de puntillas y salió. Andaba mirando al suelo y, de repente, se agachó, tomó una chincheta con la punta oxidada y la cabeza verde y corrió hacia su cuarto:

—¡Mamá! —chilló—. Mira lo que he encontrado.

Mamá, aturdida con el motor de la aspiradora, recorría los rincones sin oírle. Le vio de pronto, en la puerta, en la corriente, y gritó:

—¡Vete de ahí! ¿No ves que te vas a enfriar?

Quico agitó el brazo con la chincheta verde en la punta de los dedos:

—Toma —dijo.

Mamá paró la aspiradora y se acercó a él. Tenía un cigarrillo en la mano derecha.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Mira lo que me he encontrado.

Mamá miró la chincheta herrumbrosa.

—Muy bien —dijo—. Has sido muy bueno. ¡Hala, ahora vete!

—Si no, se la traga Cris, ¿verdad, Mamá? —dijo Quico sin moverse.

Mamá se llevó el pitillo a los labios y tomó de nuevo el mango de la aspiradora con las dos manos.

—Claro —dijo suavemente—. Ahora vete.

—Y se muere, ¿verdad, Mamá?

—Sí, sí, claro —levantó la voz.

—Como el Moro, ¿verdad, Mamá?

Mamá saltó como cuando se oprime un resorte. Retiró el cigarrillo de la boca para chillar:

—¡Vamos! ¿Quieres marchar de una vez?

Quico penetró en la cocina con la cabeza gacha, el ceño fruncido y la niña le miró desde debajo de la mesa y dijo: “Ata—atata”, pero Quico no reparó en ella, cruzó hasta el retrete de servicio, se levantó dificultosamente una pernera del pantalón y lanzó un chorrito transparente y minúsculo.

Luego se llegó al cuarto de plancha, hurgó unos segundos en la estantería del rincón y sacó de una caja de hojalata el Chupa—chups amarillo. Sonrió. Regresó a la cocina, quitó el papel del caramelo, y le dijo a Juan:

—Anda —dijo—, mira lo que tengo.

Juan, abstraído, leía: “Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito”.

—¡Juan! —repitió Quico flameando el Chupa—chups y haciéndolo girar sobre el palillo—. ¡Mira!

Juan levantó sus profundos ojos negros, que se iluminaron de súbito en un relámpago:

—¿De quién es? —dijo.

—Mío —dijo Quico.

—Dame un cacho.

—No.

La niña salió de debajo de la mesa como un perro que captara los vientos de una pieza y se puso dificultosamente de pie. Sujetó a Quico del jersey y tironeó de él hacia abajo:

—Atito —dijo.

—No —dijo Quico—. Un poquito, no.

—Dame un cacho, anda —repitió Juan.

—Es mío —dijo Quico.

Juan introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una sucia petaquilla de plástico, la abrió y le mostró el pequeño cabo de un lapicero de mina roja, un sucio pedacito de goma de borrar y dos monedas de diez céntimos.

—Te doy el lápiz si me das un cacho —dijo.

Pero Quico paladeaba ya el caramelo y, de vez en cuando, lo sacaba de la boca para desprender de él un pedacito de papel transparente. Cris, la niña, cansada de tirar de él, empezó a llorar.

—Te doy también la goma —dijo Juan.

Quico sonreía triunfalmente y, de nuevo, izó el Chupa—chups como una bandera y sonrió sacando la lengua y arrebañando con ella los restos de golosina que se pegaban a sus labios:

—Es mío —dijo—. Me lo dio el de la tienda.

De pronto, Juan, cuya garganta se movía lentamente, a intervalos, como si tragase algo, se llegó a él, le quitó el Chupa—chups de la mano, le propinó un mordisco y se lo devolvió.

La esferita quedó truncada por unas estrías blanquecinas, como de hielo, y Quico, al verlo, se enfureció, arremetió contra su hermano a patadas, al tiempo que lloraba con rabia. La niña berreaba también, junto a él, levantando sus rollizos bracitos hacia el caramelo y, súbitamente, la puerta se abrió y penetró como un huracán la bata de flores rojas y verdes y una voz dijo, desde lo alto de la bata:

—¿Qué escándalo es éste? ¿Puede saberse qué pasa aquí?

Cris continuaba con las manitas en alto, mientras Quico y Juan se quitaban la palabra de la boca, se acusaban mutuamente y, por fin, una mano que emergió de la bata de flores, atrapó el Chupa—chups y dijo:

—Hala, para nadie; así todos contentos.

Al cerrarse la puerta hubo un silencio expectante, como una pausa, que Juan quebró, frotándose los nudillos de la mano con los de la otra y diciéndole a Quico:

—Anda chínchate.

Súbitamente, Quico arrancó hacia el cuarto de plancha y voceó:

—¡Pues ahora me muero!

—Ta-ta-ta-tá —dijo Juan, simulando apuntarle con una metralleta mientras su hermano corría, y Cristina le miró a Juan y remedó con extraño entusiasmo:

—Ata-ata-ata.

Y luego sonrió y, se le formaban en la carne prieta de las mejillas unos hoyuelos como los que tenía en los codos.

Sintió detenerse el montacargas y salió de su rincón entre los dos armarios rojos y, justo en el momento que abría la puerta encristalada, Santines arrastraba el cajón con el pedido hasta el descansillo. Pero el cajón topó impensadamente con una baldosa desnivelada, coleó y atrapó dos dedos de Santines contra el enrejado. El chico se llevó instintivamente la mano dañada a la boca y dijo con rabia:

—¡Leche, me pillé!

Quico le miraba atentamente, poniendo el mismo gesto de dolor que veía en la cara del otro y cuando Santines se frotó los dedos lesionados contra el delantalón gris, él lo hizo también contra las blandas estrías de su pantalón de pana, aunque en forma apenas perceptible.

—Hola —dijo al cabo.

El otro preguntó:

—¿Está tu Mamá en casa?

Quico asintió sin palabras. Juan le oyó desde dentro, abrió la puerta del pasillo y voceó:

—¡Mamá, el de la tienda!

Pero vino la Vítora y le dijo a Santines, malhumorada.

—Podías haber subido más tarde, espabilado. Mira la hora que es.

—No uso —respondió descaradamente el chico, mostrando su desnuda muñeca.

Y dijo la Vítora con segundas:

—No, ¿eh? Pues ya le diré a tu jefe que te merque uno, ¡no te amuela!

El chaval se puso en jarras.

—Oye —dijo—. Por si no lo sabes te diré que yo no he mandado a nadie al África.

Por un instante pareció que los ojos de la Vítora iban a escapar de las cuencas. Se llegó a él, levantó el antebrazo y dijo mordiendo las palabras:

—¡Calla la boca o te meto una así que te vas a acordar de la Vítora mientras vivas!

El chico, que instintivamente había alzado un brazo para protegerse, lo bajó al ver que la otra lo bajaba.

Silbó.

—Bueno está el patio —dijo.

Cris, sentada en el suelo, hurgaba en el cajón, alineaba las cebollas y las naranjas en las baldosas, mientras Quico y Juan seguían el duelo dialéctico, moviendo alternativamente la cabeza, como una partida de tenis. La Vítora fue tomando las mercancías del cajón y amontonándolas sobre el fogón de sintasol rojo. Santines la miraba hacer, observaba sus manos torcidas, notoriamente agarrotadas, y, sin embargo, de movimientos ágiles.

—Vaya manos —murmuró—. ¿Dónde vas con esas manos?

La Vítora volvió a mirarle encolerizada:

—¿Qué se te da a ti de mis manos?, ¿eh? Di.

El otro se encogió de hombros:

—Eres gafa; sólo eso.

—Bueno, y a ti, ¿qué?

—Nada.

—Por eso.

Quico se fue acercando tímidamente a Santines y terminó por agarrarle del blusón gris y tirar de él hacia abajo:

—Oye —le dijo—. Hoy no me he hecho pis en la cama.

—¡Vaya!

—¿Verdad, Vito, que hoy no me he hecho pis en la cama?

—No, majo.

Quico, en vista de que no lograba hacer descender la atención de Santines, volvió a tirarle del mandil y cuando el chico le miró, le dijo:

—¿Tú no vas al colegio?

Santines rió en corto, con un deje como de aspereza y dijo:

—No, chaval; yo no voy al colegio.

—¿Porque estás malo?

Santines se golpeó el pecho con los dedos apiñados:

—¿Yo, malo? Yo estoy más bueno que Dios —dijo.

La Vítora le tendió el cajón:

—Toma, anda, lárgate y así revientes.

Santines hizo un gesto burlón:

—¿Tan mal me quieres?

La Vítora cerró de golpe la puerta de cristales. Gritó:

—Yo no te quiero ni bien ni mal, para que te enteres.

Santines, con el cajón a la espalda, le hacía muecas tras los cristales con la mano izquierda remedando su gafedad y reía descaradamente. Dijo la Vito.

—Un día le voy a romper los morros a ése o no sé lo que voy a hacer.

Luego abrió la trampilla de bajo el fogón, arrimó un cubo y lo llenó de carbón con el cogedor.

—¿Vas a encender la calefacción, Vito? —preguntó Quico.

Los movimientos de la Vítora eran bruscos, de un malhumor reprimido. La bata de flores rojas y verdes entró, de repente, en la cocina.

—¿No vino Domi todavía? —dijo.

—Ya ve.

—¿No son las doce?

—Ya hace rato que dieron.

Quico se acercó a la caldera de la calefacción e intentó abrirla. No lo consiguió y, entonces, sujetó el tirador con ambas manos e impulsó hacia arriba con fuerza. El portillo saltó y le cogió un dedo contra la silla.

Instintivamente el niño se llevó la mano a la boca. Chilló:

—¡Leche, me pillé!

La bata de flores rojas y verdes se inclinó implacable sobre él:

—¿Qué has dicho? —dijo—; ¿no sabes que eso no se dice, que es un pecado muy gordo?

La Vítora, acucillada junto a la caldera, le miró entre compasiva y socarrona. Dijo.

—¡Qué chico éste! ¿Dónde aprenderá esas perrerías?

La bata de flores se había enderezado, mientras Quico se aplastaba contra la mesa, junto a Juan. Dijo la bata:

—Eso digo yo. ¿Quién le enseñará esas cosas?

La Vítora alzó su mirada sumisa,
unos ojos garzos levemente irritados.

—Si va por mí —dijo—, se equivoca.

Juan se agachó un poco y le dijo a Quico al oído: “Ji, leche” y Quico le miró en cómplice y rió también y tomó la mano de su hermana que hacía corro con ellos en torno a la caldera.

La Vítora estrujó el periódico de la víspera, colocó unos palillos encima y, finalmente, procurando no aplastar el papel, introdujo unas astillas, rascó un fósforo y le prendió fuego.

Las llamas ascendieron, zumbando y caracoleando y Juan dijo:

—El infierno.

Quico le miró, escéptico.

—¿Es eso el infierno? —preguntó.

Salió la bata de flores rojas y verdes y la Vítora le dijo:

—Así, sólo que más grande. Ahí vas a ir tú si te repasas o dices esas cosas.

Quico frunció las cejas.

—¿Voy al infierno —preguntó— si digo leche?

—Eso.

—¿Y si me repaso, Vito?

—También.

Agachó la cabeza y se miró los pantalones, entre las piernas, y se pasó primero una mano y luego la otra.

—Toca, Vito —dijo—. Ni gota.

—A ver lo que dura —dijo la Vito.

El fuego se incrementaba, silbaba; era como si la Vítora tratara de enlatar un huracán:

—¡El demonio! —chilló Juan de pronto—. ¿No viste saltar al demonio, Quico?

—No —dijo Quico decepcionado.

Los tres niños miraban el fuego como hipnotizados. Las pupilas de Quico estaban empañadas por una sombra de terror. Dijo la Vítora compadecida:

—No era el demonio; era humo.

Quico vaciló.

—¿No era el Moro? —dijo.

—¿A qué ton el Moro?

—Como es negro.

La Vítora cargó la paleta de carbón y la arrojó sobre las llamas, que empezaron a palidecer y a desparramarse y, poco a poco, con el rojo resplandor, decreció la expectación de los niños. La Vítora concluyó de cargar la caldera y cerró el portillo.

Dijo Quico a Juan:

—¿Tiene alas el demonio, Juan?

—Claro.

—¿Y vuela muy de prisa, muy de prisa?

—Claro.

—Y si soy malo, ¿viene el demonio volando y me lleva al infierno?

—Claro.

—¿Y el demonio tiene cuernos?

—Sí.

—¿Y mocha?

Juan levantó los hombros, sorprendido.

—Eso no sé —confesó.

La Vítora manipulaba en la cocina y el fogón y había sobre un hornillo una cazuela de aluminio que humeaba y ella colocó, sobre el hornillo grande, otra cazuela, y en éstas llamaron a la puerta. La Vítoraladeó ligeramente la cabeza.

—Abre, Quico —dijo—. Es Domi.

Juan se abalanzó a la puerta.

Voceó Quico:

—¡Me ha dicho a mí!

Añadió la Vítora:

—Dila “buenos días, Domi”.

Los dos niños se peleaban por abrir la puerta y cuando la Domi apareció en el umbral, con el cuello del abrigo subido, dijo Quico.

—Buenos días, Domi.

Rutó la vieja:

—¿No vino la Seve?

—Nada, ya ve —respondió la Vítora.

—Buenas vacaciones —gruñó la vieja, contrariada, y agregó—: ¡Madre qué día más perro!

Traía la nariz y la parte superior de las mejillas arreboladas. Se desembarazó del abrigo. Quico tiraba de ella y le decía:

—¿Un perro? ¿Qué perro, Domi?

—Vamos, quita —dijo la Domi de mal talante—. ¡Qué chico éste! No la deja a una ni a sol ni a sombra.

Se llegó al cuarto de plancha, guardó el abrigo en uno de los armarios rojos y regresó a la cocina.

Hizo un gesto con el dedo pulgar hacia la puerta de comunicación. Preguntó a la Vítora:

—¿Está mosca?

—A ver.

Quico terció, mirando a los altos, girando la cabecita rubia hacia todas partes:

—¿Dónde está la mosca, Domi?

—¡Vamos, calla la boca tú!

Entró súbitamente la bata de flores rojas y verdes. La Domi adoptó una actitud compungida; apretó fuertemente los párpados hasta que en uno de los ángulos de los ojos surgió una lágrima. La bata se aplacó:

—¿Ocurre algo, Domi?

Ella suspiró:

—¿Qué va a ser, señora? Lo de siempre.

—¿Le han recluido?

—Eso quisieran, pero ya ve, ni sitio.

—¿No hay sitio?

—Lo que dice mi Pepe, ahora hasta para entrar en el manicomio hace falta recomendación.

Suspiró hondo y, al fin, la lágrima resbaló mejilla abajo y, ya en la comisura de los labios, la atajó con el envés de la mano. Dijo Quico, a sus pies, alzando la cabeza:

—Domi, hoy no me he hecho pis en la cama.

La Domi le acarició la rubia cabeza.

—Madre, ¡qué mozo! —dijo.

La Vítora corroboró:

—No se crea que es broma, señora Domi; el Quico no se ha meado hoy en la cama; ni se ha repasado tampoco.

La niña levantaba los bracitos hacia la Domi y la vieja se inclinó y la cogió y roció su carita de ruidosos, frenéticos besos. Dijo la bata:

—Yo le hablaré al señor; a lo mejor él puede hacer algo.

La Domi dijo muy bajo, como si rezase, “Dios se lo pague”, y, después, tan pronto la bata salió le dijo a la Vítora, cambiando la expresión de su cara:

—Arrima un poco de leche a la lumbre, tú.

La Vito suspiró. La asaltó repentinamente una idea, se volvió al armario blanco, abrió una de las puertas, tomó un transistor, envuelto en una desgastada funda color tabaco, y lo conectó. La voz salió un poco áspera, un poco gangosa, un poco rutinaria:

“A Genuino {álvarez —dijo—, por haberle tocado a {áfrica, de quien él sabe, oirán ustedes “Cuando salí de mi tierra””. Saltó la canción un poco áspera, un poco empastada, un poco agria, pero Vítora se llevó las manos al pecho y dijo:

—¡Ay, madre, se me pone un hueco así!

Quico se acercó a ella:

—¿Es Femio, Vito?

—¿Quién, hijo?

—El que canta.

—No, majo, pero como si lo fuera.

La Domi se levantó y tomó un plátano del frutero. Vestía toda de negro, vestido, medias y zapatos negros y, en casa, se ataba a la cintura un delantal blanco. Volvió a sentarse y cogió a la niña en el regazo. Dijo con la boca llena:

—Peor estoy yo, mira. El mío ya no vuelve.

La Vítora se excitó toda:

—Ande, señora Domi, para eso es usted vieja.

—¿Vieja yo?

—Ande, a ver.

Se llegó Quico a ella. Juan había vuelto a enfrascarse en la lectura de “El Cosaco Verde”. Dijo Quico:

—¿Eres vieja y te vas a morir pronto, Domi?

—Anda, quita de ahí. ¡Qué criatura más apestosa, madre! ¿No quieres hacer pis?

—No, Domi.

—Como te hagas una gota te corto el pito, ya lo sabes.

—Sí, Domi.

De pronto se le aclaró la mirada a Quico.

—¿Sabes que se ha muerto el Moro, Domi? —dijo.

—¿El Moro? ¿El gato?

—Sí.

La Domi se dirigió ahora a la Vítora:

—¡Madre, cómo estará la bruja!

—Mire.

Dijo Quico:

—¿Qué bruja, Vito? ¿Dónde hay una bruja?

—Vamos, quita de ahí. Es que no la deja a una ni respirar, ¿eh? — Volvió a dirigirse a la Vítora—: Habrá que oírla.

Cristina empezó a lloriquear y la Domi movió acompasadamente las piernas y canturreó: “Arre, borriquito, vamos a Belén...” y la niña se recostó en su pecho y cerró los ojos.

Dijo:

—Esta criatura está muerta de sueño.

La radio dijo:

“A Ezequielín Gutiérrez, de sus Papás, al cumplir los dos añitos con cariño. Oirán ustedes “La Violetera”.”

La Vítora iba del fogón a la cocina, de la cocina al escurrer platos, del escurrer platos al armario, del armario a la despensa, de la despensa a la

caldera y de la caldera al fogón de sintasol rojo otra vez. De cuando en cuando suspiraba y decía: “Ay, madre”. Y desde que empezó la música los suspiros eran más profundos y frecuentes. Quico la miraba cada vez y, una de ellas, le dijo:

—¿Sabes, Vito que la tía Cuqui va a traerme una pistola?

—¿Una pistola?

El niño asintió sonriendo y mordiéndose el labio inferior. Añadió la Vítora:

—¿Y para qué quieres tú una pistola?

—Para matar a todos —dijo el niño.

—¡Jesús! ¿Y a la Vito también?

Quico asintió de nuevo con la cabeza, sin cesar de morderse el labio.

Intervino la domi:

—Si le das palique a éste ya vas arreglada.

Cristina lloriqueó y forcejeó luego por zafarse de los brazos de Domi y escurrirse hasta el suelo. La vieja se incorporó rutando: “Coña de cría, ¿qué demonios querrá ahora?” Quico se dirigió de nuevo a ella:

—Domi, ¿sabes que hemos visto al demonio?

—Sí, ¿verdad?

—Sí, en la calefacción, ¿verdad, Vito?

Dijo el transistor:

—A Julio Argos, al marchar a {áfrica, de sus amigos de la peña.

Oirán ustedes “El pájaro chogüí”.

La Vítora tomó el receptor y amplió el volumen.

—Me pirro por esta copla —explicó—. ¡Y anda que el Femio!

La Domi se disponía a contestarle cuando Quico interpuso su rubia cabeza y dijo:

—Sí, Domi; era el demonio y era negro y tenía alas y cuernos y...

La vieja se irritó:

—¡Anda, quita del medio que te doy un...!

Se abrió la puerta y penetró la bata de flores rojas y verdes y la Domi sonrió y le acarició al niño la rubia cabeza con la mano, que ya tenía levantada, y dijo.

—Ya ve qué cosas tiene el Quico.

Ahora sale con que ha visto al demonio. Pues no, majo; el demonio está en los infiernos y no viene a llevarse a los niños buenos como tú.

La

La habitación se hallaba limpia, ordenada, el suelo brillante, como si nunca hubiera sido utilizada. La librería de escalerillas metálicas dividía la estancia en dos y bajo la ventana se tendía una mesa alargada, con la pantalla de sube y baja encima —el {ángel de la Guarda— donde los chicos hacían sus deberes al regresar del colegio. En los rincones del fondo estaban las camas de Pablo y Marcos, cubiertas de colchas de cretona y, entre ellas,

la amplia cuna de Quico con los costados de barrotes, como una cárcel. Al penetrar en la habitación, Mamá le advirtió:

—Cuando quieras pis, dilo.

Quico abrió las piernas y se miró los bajos de los pantalones y, como si aquel examen no le convenciera, se pasó por ellos, primero la mano izquierda, luego la derecha y, al concluir, dijo:

—Toca; ni gota.

Domi se retrasaba y entonces dijo Juan:

—¿Quieres que veamos el Arco Iris?

—Sí, el Arco Iris —respondió Quico.

Juan entrecerró los cuarterones, tomó de la mano a Quico y con precaución, en la penumbra, se desplazaron hasta los pies de la cuna. Los dos niños levantaron simultáneamente la cabeza hasta el tercer estante. Un rayo de luz resbalaba por los lomos de los libros y arrancaba destellos versicolores y Quico dijo:

—Es bonito, ¿eh, Juan?

Juan meneó la cabeza de un lado a otro.

—Es más bonito cuando hace sol —dijo.

Quico se lanzó, de pronto.

—¿Por qué no haces el {ángel de la Guarda, Juan? —preguntó.

—Espera —dijo Juan.

Quico sonreía anhelante mientras Juan se encaramó en la silla, levantó la pantalla de amplias alas cuanto le dio de sí el brazo y la soltó de repente. La pantalla empezó a pendular en amplios arcos y Juan se arrojó de la silla de un salto y se colocó al lado de su hermano y Quico le miró sonriente y volvió a mirar a la lámpara y dijo:

—El {ángel es bonito, ¿eh, Juan?

Juan entornó los párpados para reforzar la imaginación:

—¡Dios! —dijo de pronto—, si no es un ángel; es un demonio, ¿no lo ves?

Quico se apretó contra él:

—No es un demonio, Juan —dijo.

—Sí —agregó Juan—. ¿No le ves las alas y los cuernos y que vuela muy de prisa?

Quico le agarró por el jersey:

—No es un demonio, ¿verdad, Juan?

Juan fruncía la cara para subrayar sus palabras.

—¿No le ves —dijo— qué furioso está?

Quico se pegó a él.

—Abre, Juan —dijo con voz trémula—. Es un demonio. Y hay una bruja también. Domi lo dijo. Pero Juan no abría la ventana y decía, por el contrario:

—Es el demonio que viene a por ti para llevarte de los pelos a los infiernos, ¡mírale!

Quico temblaba. Gimió agarrando a su hermano por la cintura:

—¡Abre, Juan, anda!

—¡Y mira la bruja! —chilló Juan señalando la sombra de la pantalla en la pared.

Quico pateó el suelo nerviosamente y comenzó a llorar.

—¡Abre! —gritó—. ¡Juan, abre!

Entró la Domi con la niña de la mano.

—¿Se puede saber por qué demontres cerráis las ventanas para jugar? —inquirió.

Quico se precipitó hacia ella:

—Hay un demonio y una bruja, Domi. Y el demonio quería llevarme de los pelos al infierno.

La Domi abrió los cuarterones con la mano libre.

—No empieces con tus pamplinas —advirtió—. Que tú eres muy pamplinero.

Juan se había sentado junto a los bajos de la librería, impulsó la corredera y sus ojos profundos se abismaron en aquella barahúnda polícroma y desconcertante. Sacó primero el pelotón de colores y lo hizo botar un rato sin levantarse. Después tomó la caja de pinturas, con la tapa rota, y la cambió de sitio. En el fondo había un fuerte, quebrado en una esquina, en la empalizada, y Juan lo consideró un momento y, al cabo de un instante, se volvió a Quico:

—¿No hay indios, Quico? —dijo.

—No.

Quico se fue aproximando lentamente a su hermano y, al llegar a su lado, propinó un puntapié al pelotón de colores:

—¡Gol! —dijo.

Juan se incorporó de un salto.

—¡Venga! —dijo—. Yo soy Diestéfano.

Se cambiaba el balón de pie y Quico le cerraba el paso, torpe, inútilmente. Correteaba tras él sin esperanza y, a duras penas, lograba, de tarde en tarde, tocar el pelotón.

En su forcejeo tropezaban en las sillas, se enredaban en el triciclo rojo, chillaban. La Domi levantaba a la niña a la altura de los cristales y le decía: “Mira cómo corren los coches. ¡Huy, cuántos coches!” Y Cris replicaba con sus labios gordezuelos, siempre húmedos: “A—ta—ta”.

El grito les dejó paralizados y aguardaron a que la puerta se abriera en posición de firmes. Mamá ya no era una bata de flores rojas y verdes, sino un jersey a rayas blancas y azules y una falda gris y unas zapatillas de cuero en chancletas y un cigarrillo, con una hebra de humo azul, entre los dedos delgados y largos. Mas la voz era igual a la de la bata.

Les respondió:

—Os he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota.

—Se volvió a la Domi—: Y usted, ¿para qué está ahí?

Dijo la Domi:

—Mire, señora, ¿usted cree que hacen caso?

Mamá se agachó y adoptó una actitud de extrema energía.

—No os lo digo más veces, ¿me oís?

—dijo— a la próxima os quedáis sin propina.

Quico merodeó durante cinco minutos por la habitación sin saber qué hacer.

Juan se sentó en una silla después de tomar un gran álbum de la librería.

En la portada decía: “La Conquista del Oeste”. Lo abrió y sus ojos, atentos, se concentraron en el primer cromó y sorbió el texto como un licor estimulante: “Hace unos ciento treinta años, el oeste era una misteriosa palabra en boca de los hombres blancos...”

Quico se encaramó en el triciclo rojo e hizo con la boca: “Ferren—ferren—ferren” y pedaleó hacia atrás con gran agilidad y, luego, salió disparado pasillo adelante. Frente a la puerta de la cocina dio vuelta al manillar y así, con él del revés, desanduvo el camino andado. De nuevo en el cuarto, tomó el fuerte astillado, buscó un cordel, lo amarró al asiento, se subió al sillín y pedaleó briosamente por el pasillo. El fuerte, al trompicar en el suelo, hacía “boom, boomboom, boooooom”, mientras la rueda delantera, al girar sobre el eje reseco, hacía “güi—güiiii—güi” y Quico dijo para sí: “La música”. Volvía la rubia cara sonriente para admitir los saltos del fuerte amarrado y los retumbos y voceó con fuerza:

—¡Juan, un camión con remolque!

Súbitamente descubrió la aspiradora tras las cortinas del vestíbulo y se apeó, tomó el tubo de goma y subió de nuevo al triciclo. En su habitación desató el fuerte y se dijo: “Ahora hay que echar gasolina”; se encaramó una vez más y con el tubo en la mano entró en el cuarto de baño rosa. Se apeó, forcejeó un rato tratando de meter el grifo por el tubo y, como no lo consiguiera, abrió el grifo y apretó el tubo contra la boca. Parte del agua salía despedida en abanico y le mojaba el jersey rojo y la cara y la cabeza, pero Quico no lo advertía porque sus ojos se concentraban en el otro extremo del tubo por donde escurría un hilillo de agua que caía sobre la parte trasera del triciclo:

—La gasolinera —se dijo Quico con una sonrisa radiante.

Dio otras tres vueltas al grifo hasta el tope, pero al irradiar el abanico con fuerza creciente, le hacía guiñar los ojos y reía al sentir las cosquillas del agua. De pronto, sin saber cómo ni por qué, apareció en el marco de la puerta la maligna cara de la Domi.

—Pero ¿puede saberse qué estás haciendo aquí tan callado?

Quico se apresuró, desmanotadamente, a cerrar el grifo y dijo:

—Sólo estoy echando gasolina al camión, Domi.

La Domi se llevó las manos a la cabeza:

—¡Huy, madre! Verás de que lo vea tu Mamá. Ya verás si te da ella gasolina a ti —ladeó la cabeza para gritar—: ¡Señora!

Quico, con el flequillo adherido a la frente, palmeando una mano con otra, como para limpiarse, los ojos infinitamente tristes, esperaba impacientemente, en medio del charco, la aparición de Mamá. Oyó la puerta de la cocina, luego sus pasos apresurados y la voz de la Domi cada vez más encendida:

—Venga, señora. No hay quien pueda con él. ¡Mire cómo se ha puesto! Y cómo lo ha puesto todo...

A Quico le iba entrando una extraña debilidad en las piernas, pero continuaba frotándose las manos, los ojos implorantes, inmóvil en medio del charco, mas, al ver los ojos de Mamá, comprendió que había pecado y se agachó y Mamá voceó: “¡Estoy aburrida de niños! ¡No puedo más!” Y mientras con el brazo izquierdo le sujetaba, con la mano derecha le palmeó el trasero hasta hacerse daño. Bajo su brazo, Quico miraba a Juan, que acababa de aparecer en la puerta y le hacía muecas, como si le apuntara con algo y, finalmente, dijo: “ta—ta—ta—tá”.

Al fin, Mamá le soltó y Quico corrió a refugiarse en el hueco que formaba la cama de Marcos con el armario y cuando llegó Merche del colegio y le vio allí, se acercó, le revolvió el pelo y le dijo:

—¿Qué dice este mico?

{él la miraba esquinadamente. Voceó de pronto:

—¡Mierda, cagao, culo!

—Vaya, el niño está enfadado —dijo su hermana displicentemente. Y le volvió la espalda.

—Mamá me ha pegado —dijo Quico, al fin.

Merche colocó la cartera de los libros sobre uno de los estantes.

Luego se desprendió del abrigo y de la boina del uniforme y los arrojó sobre la cama de Marcos. Tenía unos ademanes de incipiente coquetería, vagamente estudiados. Juan se llegó hasta ella y le dijo, exagerando el gesto:

—¡Jobar, cómo le han calentado!

—¿Por repasarse? —preguntó ella.

—¡Qué va! —dijo Juan.

Quico abandonó el rincón. Dijo:

—No me he hecho pis en la cama, andaaa.

Merche sonreía, incrédula:

—Sí, es verdad —aclaró Juan—. No se ha hecho pis en la cama.

Del pasillo llegaba un leve, estimulante olor a cocina. Entró Marcos lanzando la cartera al alto y blocándola, al caer, como un guardameta.

—¡Marcos! —chilló Quico—. ¡Se ha muerto el gato de doña Paulina!

—¿Ah, sí?

—Sí, y la Loren le tiró a la basura y el demonio le llevó al infierno y lo vio Juan y luego vino una bruja...

—¿No ha venido Pablo? —preguntó Merche.

—No —respondió Marcos.

Merche salió al pasillo y se topó con Pablo que regresaba del colegio en ese instante y Merche le dijo abriendo un libro:

—Pablo, por favor, ¿puedes explicarme esto? No entiendo una palabra.

Pablo tenía ya la voz grave de un hombre:

—¡Caray, hija! No le dejáis a uno ni entrar en casa.

Quico se desplazaba de uno a otro y cuando creyó encontrar un eco en Marcos, éste cogió el álbum de “La Conquista del Oeste” y le dijo a Juan:

—¡Tres! —dijo Juan—. Mira, éstos.

Quico avanzó por el pasillo y entró en la cocina donde el transistor se desgañitaba. El retorno de sus hermanos siempre provocaba un relajamiento de la disciplina doméstica. Divisó a Cristina frente a la puerta de la despensa, levemente inquieta, levemente despatarrada y, al acercarse a ella, percibió el olor y la miró y lo vio y voceó, hasta hinchársele la vena de la frente:

—¡Mamá, Domi, Vito, venir!

¡Cris se ha hecho caca en las bragas!

La niña le observaba atónita, sus redondos ojos posados en el rostro de su hermano y cuando concluyó de gritar, murmuró:

—A—ta—tá.

—Sí, caca, caca, marrana —dijo Quico.

Acudió la Domi y Quico señaló a Cristina.

—¡Se ha hecho caca! —dijo.

—¡Bueno! —dijo la Domi hoscamente—. Y tú te haces pis, y eres un zángano y en cambio nadie te dice nada.

Quico levantaba el dedo índice y reconvenía a su hermana:

—Por qué no lo pides, ¿di?

—Vamos, calla tú la boca, que tienes por qué callar —dijo la Domi.

El niño salió corriendo hasta el cuarto de plancha, donde la Vítora se vestía y abrió poniéndose de puntillas y le dijo:

—Vito, Cris se ha hecho caca en las bragas.

La Vítora sujetaba el puño blanco con un automático.

—Ya ves qué marrana —dijo.

Pero el niño ya corría por el pasillo y, al llegar al extremo, intentó abrir el cuarto de baño rosa.

—¿Quién es? —dijo Mamá desde dentro.

Quico se dobló por la cintura para imprimir mayor énfasis a su voz:

—¡Mamá, Cris se ha hecho caca en las bragas!

La pregunta de Mamá le desconcertó:

—¿Suelta? —dijo dulcemente.

—¡No sé! —voceó.

—Bueno, díselo a Domi.

Quico permaneció unos instantes, inmóvil, a la puerta del aseo y, al cabo, se encaminó al despacho y Merche y Pablo hablaban de ángulos y de bisectrices y él dijo desde la puerta, disminuido por una vaga conciencia de que estorbaba:

—Cris se ha hecho caca en las bragas.

Dijo Merche:

—Bueno, anda, vete, acusica.

Dio media vuelta.

—¡Y cierra! —chilló Pablo.

Se puso de puntillas, agarró el picaporte y dio un portazo. Entonces oyó, por encima de la voz de Lola Beltrán que entonaba “Ay, Jalisco, no te rajes”, un agudo silbido, un silbido creciente que lo llenaba todo.

Se detuvo y voceó:

—¡La olla!

Y al entrar en la cocina vio a la Vítora que la apartaba asiéndola con un trapo de cuadros y la olla, poco a poco, se amansaba e iba dejando de silbar. En un rincón, la Domi embutía a Cristina en unas bragas limpias. Sonó el timbre dos veces, una timbrada corta y otra larga. Dijo la Vítora:

—Tu Papá; abre por la otra puerta. Y dile: “Buenos días, Papá”.

Pero Papá no le dio tiempo, le levantó por las axilas y le dijo:

—¿Qué dice el hombre?

Le besó. Traía la cara fría y la barba pinchaba. Al quitarse el abrigo, Quico le dijo:

—Cris se ha hecho caca en las bragas.

Papá fingió interesarse en el asunto:

—Ah, sí, ¿eh?

—Sí, y yo no me he hecho pis en la cama, ni me he repasado, y el Moro se ha muerto y está en la basura y los demonios le han llevado al infierno y tenían cuernos y...

—Bueno, bueno —dijo Papá al entrar en el salón—. Son tantas noticias juntas que no me das tiempo de digerirlas.

Se arrellanó en un sillón y montó una pierna sobre la otra y bailó reiteradamente la que colgaba. Entonces apareció Mamá con los párpados azules y los labios rojos y los dientes blanquísimos, y Papá miró a Mamá y Mamá a Papá y Papá dijo:

—¿Habrás un cacho wisqui para un sediento?

Mamá abrió el bar y lo preparó todo en un periquete y se lo dejó a Papá en la mesita enana, y Papá le dijo suavemente:

—Un glace, esposa; ya, haz el favor completo.

Papá entró en el cuarto de baño amarillo y entornó la puerta con el pie. Apenas había comenzado cuando sintió a Quico detrás que pugnaba por asomarse:

—¡Quita! —le dijo.

Pero el niño insistía en meter la cabeza y Papá culeaba de un lado a otro para impedirlo. Quico se agarraba a la trasera de sus pantalones y decía:

—¿Tienes pito, Papá?

—Vamos, ¿quieres marchar de ahí?

—voceó Papá.

Pero Quico porfiaba en su inspección y los movimientos de cintura de Papá eran cada vez más rápidos y dislocados a fin de impedir el acceso del pequeño y su voz, en un principio re—

servadamente autoritaria, era ahora dura y contundente como la de un general:

—¡Vamos, aparta! ¿No me oyes?

¡Lárgate!

Quico, ante el fracaso de sus propósitos, intentó asomarse por entre las piernas de Papá y entonces Papá las cerró de las rodillas a los muslos y quedó en una actitud ridícula como de querer bailar el charlestón sin bailarlo, mientras chillaba:

“¡Marcha!, ¿no me has oído?” y, al cabo, volvió a culear sin separar las piernas, cada vez más frenéticamente, porque Quico, ante el nuevo obstáculo, trataba ahora de quebrantar su resistencia atacando por los flancos.

Finalmente pudo abotonarse y se volvió y le dijo a Quico:

—Eso no se mira, ¿sabes?

Quico levantó sus ojos azules, empañados por la decepción.

—¿No tienes pito? —inquirió.

—Eso no les importa a los niños —dijo Papá.

—Mamá dice que tú no tienes pito —añadió Quico.

—¿Eh? ¿Qué es lo que dices?

Mamá atravesaba el pasillo llamando a comer. Papá levantó la voz:

—¿Qué tonterías le dices al niño de si yo tengo pito o no tengo pito?

Mamá se detuvo un momento. Dijo:

—Si cerraras la puerta del baño no te ocurrirían estas cosas.

Papá caminaba tras ella a lo largo del pasillo rezongando:

—Mira qué cosas se le va a ocurrir decirle al niño. Habráse visto disparate semejante.

Y Quico, que penetró en el comedor tras él, divisó la mesa puesta con el mantel azul bordado y los siete platos, y los siete vasos y las siete cucharas, y los siete tenedores, y los siete cuchillos, y los siete pedazos de pan y palmoteó jubilosamente y dijo:

—La mesa de los enanitos.

—Anda, trae el cojín —le dijo Mamá.

Y Papá, al sentarse y desdoblar la servilleta sobre los muslos, aún murmuró, haciendo un gesto de asombro con los labios:

—No me cabe en la cabeza; no lo comprendo, la verdad.

Marcos, con el flequillo sobre el ojo izquierdo, se sentó a la mesa levantando la pierna, sin separar la silla, y entonces dijo lo del avión derribado, y Juan hizo “ta—ta—tá” y preguntó si iba a tirar una bomba atómica y Pablo afirmó que el fraile decía que las víctimas de la bomba atómica quedaban como si fueran de corcho y Marcos adujo que no, que como de esponja, y buscó la corroboración de Papá y Papá dijo que tenía entendido que más bien como de piedra pómez y, en éstas, Mamá, que servía a Quico canelones de la fuente que sostenía la Vitora, les dijo muy seriamente que si no podían cambiar de conversación y para cooperar a ello le comunicó a Papá que Dora Diosdado se casaba y Papá dijo: “¿Con ese pelagatos?” y Mamá que “por qué pelagatos” y Papá “no tiene ni oficio ni

beneficio” y Mamá “se quieren y ya es bastante”. Papá permaneció unos segundos como expectante y al cabo dijo:

—Ya sabes lo que decía mi pobre padre.

—¿Qué? —dijo Mamá.

—Mi pobre padre decía que las mujeres son como las gallinas, que les echas maíz y se van a picar a la mierda.

Los niños rieron y Mamá frunció la frente y se le vio muy bien lo azul de los párpados entre los limones y las hojas verdes, rizadas, de escarola, y las escamas plateadas, primorosamente pintadas una por una y Mamá se volvió a él y le dijo:

—¡Come!

—No me gusta —dijo Quico.

Mamá le arrebató violentamente el tenedor de la mano, cortó un pedacito de canelón y se lo metió en la boca.

Quico mordisqueó sin ningún entusiasmo. Dijo Mamá:

—Este chico me tiene aburrída.

—¿Qué pasa? —preguntó Papá.

Y Marcos le dijo a Pablo:

—Tengo que hacer una composición sobre el Congo y la O.N.U.

Mamá dijo:

—¿No lo ves? No hay manera de hacerle comer.

Dijo Merche:

—¡Vaya fácil!

—Sí, fácil —dijo Marcos.

Papá le dijo a Mamá:

—Déjale, qué manía de forzarle, cuando sienta hambre ya lo pedirá.

Pablo aclaró:

—Lo del Congo es como Papá y Mamá; si nos peleamos nosotros, nos separan, pero si se pelean ellos, hay que dejarles.

—Y si no la siente, que se muera, ¿verdad? Es muy cómodo eso. Los hombres todo lo veis fácil. —Se volvió a Quico—: ¡Vamos, traga de una vez!

Quico tragó estirando el cuello, como los pavos.

Dijo mirando a Pablo:

—¿Se pegan Papá y Mamá?

Merche y Marcos rieron. De pronto se abrió un silencio. Quico recorrió una por una las caras inclinadas sobre los platos, indiferentes. Sonrió y exclamó súbitamente:

—¡Mierda!

Mamá cortó las risas de sus hermanos.

—Eso no se dice, ¿oyes? —dijo enfadada.

Quico consideró las risas retenidas de Merche y Marcos, sonriendo a su vez, mordiéndose el labio inferior y repitió con más fuerza, desafiante, implacable:

—¡Mierda!!

Mamá levantó la mano, pero no llegó a descargarla; se contuvo ante la nuca encogida de Quico y dijo:

—¿No me has oído? ¡Calla o te doy un coscorrón!

La Vítora, conforme pasaba de uno en uno la fuente con los filetes, le dirigía cálidas miradas de complicidad. Después, mientras Mamá le cortaba el filete en fragmentos minúsculos, Quico sacó del bolsillo del pantalón el tubo de dentífrico y comenzó a girar el tapón rojo con rapidez.

Sonrió prolongadamente:

—Es la tele —dijo.

—Déjate de teles y come —replicó Mamá.

Entonces Pablo mentó a Guillermito Botín y dijo que las chicas se volvían locas por él y Merche dejó el tenedor en el plato de golpe, se llevó las dos manos al rostro y dijo:

—Qué horror, tan colocadito, me ataca.

—¡Atacan los indios! —dijo Juan—.

Puso una mano tras otra y enfiló la mirada con el canto de su ojo derecho.

Hizo: “ta—ta—tá”.

Quico le imitó, llevándose el tubo hasta el borde del ojo e hizo también “ta—ta—tá”, y Mamá le dijo “come” y él masticó, cambiando de sitio el pedacito de carne, cada vez más estrujado, cada vez más reseco, bajo la atenta y desesperada fiscalización de Mamá que, al cabo de unos segundos, le dijo:

—Anda, échalo, ya se le hizo la bola; las tragaderas de este niño son una calamidad.

Quico lo escupió. Era una bolita estoposa, de carne sin jugo, triturada, apisonada entre sus mandíbulas.

Mamá le metió en la boca un nuevo pedazo de carne. Quico la miró. Desenroscó el tapón rojo:

—Es la tele, ¿verdad, Mamá?

—Sí, es la tele; anda, come.

—No quieres que se me haga bola, ¿verdad, Mamá?

—No, no quiero. Come.

—Si como, me hago grande y voy al cole como Juan, ¿verdad, Mamá?

Mamá suspiró, pacientemente:

—No veo el día —dijo.

—Y cuando vaya al cole no se me hace la bola, ¿verdad, Mamá?

—¿Verdad, Mamá?; ¿verdad, Mamá?

—dijo Mamá irritada, sacudiéndole por un brazo—: ¡Come de una vez!

Quico le enfocó sus ojos implorantes con una vaga sombra de tristeza en su limpia mirada azul:

—¿Verdad, Mamá que no te gusta que diga “verdad, Mamá; verdad, Mamá?” —dijo.

Mamá tenía los ojos brillantes, como si fuera a llorar. Musitó: “Yo no sé qué va a ser de esta criatura”.

Depositó el pequeño tenedor en el plato de Quico y le dijo:

—Anda, come tú solo.

Quico cogió el tenedor con la mano izquierda.

—Con la otra mano —dijo Mamá, vigilante.

Papá sonrió:

—Le asfixias la personalidad —dijo.

Mamá estaba nerviosa:

—Sí, ¿verdad? ¿Por qué no vienes a dárselo tú?

Dijo Papá:

—¿Sabes lo que decía mi pobre padre sobre los zurdos?

—Ni lo sé, ni me importa —dijo Mamá.

Papá parecía no oír a Mamá y prosiguió:

—Mi pobre padre decía que el zurdo lo es porque tiene más corazón que el diestro, pero los diestros les corrigen porque no toleran que otros tengan más corazón que ellos, ya lo sabes.

—Muy interesante —dijo Mamá.

—El fraile dice —dijo Juan— que escribir con la izquierda es pecado.

Quico abrió mucho los ojos:

—¿Y me llevan los demonios al infierno con la bruja y el gato de doña Paulina?

Papá mondaba delicadamente una naranja auxiliándose del tenedor y del cuchillo, sin tocarla con un dedo.

Dijo Marcos:

—¿Está en los infiernos el Moro o en la basura?

Quico se quedó pensativo. Dijo, tras una pausa:

—La Loren le tiró a la basura, pero Juan vio salir un demonio de los infiernos a por él, ¿verdad, Juan?

Entró la Domi en el comedor con la niña en brazos. La sostuvo un rato en alto:

—Di adiós a Papá y a Mamá, hija.

Diles adiós.

Cris movió torpemente los deditos de la mano derecha. Dijo Quico:

—Hace con la mano como la Vito, ¿verdad, Mamá?

Mamá le aplastó la cabeza contra el plato:

—Vamos, come y calla. ¡Dios mío, qué niño!

La Vito rió limpiamente. Dijo a media voz:

—¡Qué crío éste, con todo da!

La gafedad de sus manos se acentuaba ahora, con el azoramiento, al mudar los platos y cuando la Domi salió con la niña en brazos, Mamá dijo levantando levemente la voz:

—Domi, no le quite la fajita al acostarla. Está un poco suelta la niña.

Papá miró, de repente, con insistencia, como escrutándole, a Pablo:

—El domingo te imponen las insignias —dijo—. A las once en el estadio, no lo olvides. Va a ser un acto magnífico.

Pablo se sofocó todo y se encogió de hombros.

Añadió Papá:

—¿Parece como que te contrariara?

Pablo tornó a levantar los hombros, resignado. Intervino Mamá:

—¿No se te ha ocurrido preguntarle si quiere hacerlo? ¿Si sus ideas coinciden con las tuyas? Pablo ha cumplido ya dieciséis años.

Pablo tenía el rostro arrebatado.

Los ojos de Papá revelaban un creciente desconcierto.

—¿Ideas? —dijo—; sus ideas serán las mías, creo yo. Además, esto no es tanto cuestión de ideas como de intereses.

No quitaba la mirada de su primogénito, pero Pablo no despegaba los labios. Encareció Marcos extemporáneamente:

—Cuéntanos cosas de la guerra, Papá.

—¿Ves? —dijo Papá—, éstos son otra cosa. ¿Y qué quieres que te diga de la guerra? Fue una causa santa.

—Miró profunda, inquisitivamente a Mamá y agregó—: ¿O no?

—Tú sabrás —respondió Mamá—.

Esas cosas suelen ser lo que nosotros queramos que sean.

—La guerra —dijo Quico, y destapó el tubo de dentífrico—: {éste era un cañón. ¡Booom!

Los ojos de Juan se habían hecho redondos:

—¿Tú ibas con los buenos? —apuntó.

—Naturalmente. ¿Es que yo soy malo acaso?

Juan sonrió, como relamiéndose.

Dijo:

—Yo quiero ir a la guerra.

—Tú no sabes —dijo Quico.

Papá sonrió:

—Eso es bien fácil —añadió—. En la guerra sólo existen dos preocupaciones: matar y que no te maten.

—Muy aleccionador —dijo Mamá, y se volvió a la Vítora—: Haga un zumo de dos naranjas para el niño.

Papá prosiguió, adoptando un gesto de hastío:

—Lo malo es la paz: el teléfono, la Bolsa, los líos laborales, las visitas, la responsabilidad del mando... —Su mirada, flotante, se concretó súbitamente, implacablemente, sobre Pablo—: ¿Tú, qué piensas de todo esto?

Pablo volvió a sofocarse y a levantar los hombros. Se inclinó aún más sobre el plato de postre.

Papá se sulfuró:

—¿Es que no tienes lengua? ¿Es que no sabes decir sí o no, esto me gusta o esto no me gusta?

Juan no colegía las desviaciones de Papá. Su cerebro seguía en línea recta. Demandó:

—¿Tú mataste muchos malos, Papá?

Papá dijo a Mamá, señalando a Pablo con un movimiento de cabeza:

—Ya le has malmetido tú, ¿verdad?

Dijo Juan:

—Di.

—Muchos —dijo Papá, sin mirarle.

Agregó Mamá:

—De sobra sabes que yo no intervengo en esto. Pero se me ocurre que a lo mejor Pablo piensa que es más hermoso no prolongar por más tiempo el estado de guerra.

—¿Más de ciento? —inquirió Juan.

—Más —dijo Papá, pero miraba a Mamá y agregó—: ¿No será eso lo que tú piensas?

—Quizá —dijo Mamá.

Quico rió y dijo “quizá” y miró a Juan y repitió: “quizá” y volvió a reír, pero el plato que arrojó Papá por encima de su cabeza planeaba ya hacia el salón y se quebró de pronto, estrepitosamente, en mil pedazos al chocar contra el suelo. El vozarrón de Papá prolongó el estruendo durante un rato:

—¡Coño, con la pava ésta! —voceó—.

Esto no ocurriría si a tu padre le hubiéramos cerrado la boca a tiempo, en lugar de andar con tantas contemplaciones.

Mamá se sentó en la butaca, frente a Papá, separados por la mesita enana con los “Paris—Macth” y el cenicero verde, de Murano, a través del cual se veía el invierno. La Vítora barría con el escobón los fragmentos del plato roto y el siseo de las cerdas sobre la cera de la tarima producía un murmullo sedante. Uno a uno fueron entrando en el salón, con el abrigo puesto y la cartera en la mano, Merche, Pablo y Marcos. Los tres besaron primero a Mamá —“adiós, hijo”— y luego a Papá —“que os vaya bien”— y Pablo, antes de salir de la habitación, se puso como firme y azorado: “Iré el domingo” y Papá respondió: “Conforme”, pero sin mirarle y Pablo se marchó y en la habitación se hizo, nuevamente, el silencio. La Vítora ya había recogido los pedazos de loza y entraba ahora con la bandeja de plata y dos tacitas humeantes y, en medio el azucarero, de plata también, con dos serpientes enroscadas como asas. “La Selva”, se dijo Quico casi sin voz. Observaba a la Vítora cómo se agachaba y depositaba la bandeja en la mesita enana y a Papá, luego, con los ojos perdidos, mirando algo que él no veía por encima de la cabeza de Mamá. Al concluir, la Vítora se acercó al sillón de Mamá, las manos, de dedos engarfiados, caídas sobre las caderas:

—Señora —dijo tímidamente—, ¿le traigo un poco de leche?

—No gracias, Vítora —dijo Mamá.

Quico arrugó el ceño, miró a la Vítora, después a Mamá y, por último a Papá, que revolvía indiferente el azúcar con la minúscula cucharita de plata.

Denegó a algo con la cabeza y se aproximó a su madre:

—Mamá —dijo.

¿Qué quieres?

—La Vito ha dicho leche —añadió con una vocecita apenas perceptible.

—En esta casa —respondió Mamá— son muchos los que dicen cosas inconvenientes. Luego nos extrañamos de que los niños hablen lo que no deben.

Quico se mordió el labio inferior y miró a Papá, sus ojos un poco extraviados por encima de la taza que se llevaba a los labios. Se llegó hasta él.

—Papá —dijo—. ¿Me pones un disco?

Papá dejó la tacita sobre el plato.

Se pasó la lengua, muy vivaz, por los labios en un movimiento mecánico. Cerró los puños:

—¿Más discos? —dijo—. ¿Te parecen pocos discos todavía? Mira, Quico, en este mundo cada cual tiene su disco y si no lo toca revienta, ¿comprendes?

Pero eso no es lo malo, hijo. Lo malo es cuando uno no tiene disco que tocar y se conforma con repetir como un papagayo el disco que estuvo oyendo toda su vida. Eso es lo malo, ¿comprendes? No tener personalidad.

Tú eres Quico y yo soy yo, y si Quico quiere ser yo, Quico no es nada; un don nadie, un pobre diablo sin nombre y sin apellidos.

Quico abrió mucho los ojos. Papá sacó una pitillera de oro, golpeó el pitillo tres veces contra la superficie de la mesita enana, lo encendió y recostó la nuca sobre el respaldo del sillón succionando golosamente. Al cabo, Quico miró a su madre. Mamá le dijo con rara suavidad:

—Quico, hijo mío, si en esta vida ves antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio, serás un desgraciado. Lo primero que has de aprender en este mundo es a ser imparcial. Y lo segundo, a ser comprensivo. Hay hombres que creen representar la virtud y todo lo que se aparta de su juego de ideas supone un atentado contra unos principios sagrados. Lo de los demás es circunstancial y tornadizo; lo de ellos, intocable y permanente. Si te enrolas en un juego de ideas, tendrás personalidad, de otro modo serás un botarate, ¿me comprendes?

Mamá bebió de su tacita lentamente y se le movía mucho la nuez al tragar.

Cuando depositó la taza en la mesa enana le brillaban los ojos. Del cuarto de plancha llegó un alarido de Juan y, seguidamente, el “ta—ta—tá”

de su metralleta. Mamá pulsó el timbre con el pie y a los pocos segundos entró la Domi y Mamá dijo mientras prendía un cigarrillo con el encendedor de mesa: “Dígale a Juan que no chille así, va a despertar a la niña”. Y cuando la Domi salió, Quico se acercó a Papá:

—¿Estás enfadado? —preguntó.

Papá trató de reír, pero le salió de la boca un ruido raro, como una gárgara. No obstante, accionaba mucho con las manos y dilataba las aletillas de la nariz, simulando naturalidad:

—¿Enfadado? —dijo—. ¿A santo de qué? Lo que a mí me duele... —se interrumpió—: ¿Qué edad tienes tú, Quico?

Quico abatió los dedos anular y meñique de su mano derecha y dejó los otros tres enhiestos:

—Tres —respondió—. Pero voy a hacer cuatro.

Su rostro se hizo todo sonrisa.

Añadió:

—¿Me regalarás un tanque el día de mi santo?

—Sí, claro, naturalmente, pero ahora escucha, Quico, esto es importante, aunque a tu edad no acabes de entenderlo. Lo que a mí me molesta es que siendo uno un hombre positivamente honrado, alguien venga a poner en duda la honradez de sus ideas. Si yo soy honrado, mis ideas serán honradas, ¿no es así, Quico? Por el contrario, si yo soy un tipo torcido, mis ideas serán torcidas, ¿de acuerdo? —Quico asentía maquinalmente y le miraba sin pestañear con sus ojos azules, infinitamente tristes. Papá prosiguió—:

Bueno, esto es así y no hay quien lo mueva, ¿verdad? Entonces tú estás en la verdad, pero llega un pazguato o una pazguata, que para el caso es lo mismo, y trata de desmontar tu verdad con cuatro vulgaridades que le han grabado a fuego cuando niño. Y ahí está lo grave; a ese pazguato o a esa pazguata difícilmente podrás convencerles de que no tienen ideas, de que lo único que tienen es aserrín dentro de la cabeza, ¿me has comprendido?

Quico sonrió:

—Sí —dijo—. ¿Me comprarás un tanque el día de mi santo?

—Claro que sí. Lo malo es si alguien piensa que al regalarte un tanque te estoy inculcando sentimientos belicosos. Hay personas que prefieren hacer de sus hijos unos entes afeminados antes que verles agarrados a una metralleta como hombres.

Mamá carraspeó:

—Quico —dijo—. A palabras necias, oídos sordos.

Papá se inclinó hacia delante. Las aletillas de su nariz temblaban como un pájaro sin plumas; sin embargo, no miraba a Mamá, sino al niño:

—El día que te cases, Quico, lo único que has de mirar es que tu mujer no tenga la pretensión de que piensas.

—En el mundo —le dijo Mamá, y el cigarrillo se movía a compás de sus labios como si fuera un apéndice propio— hay personas absorbentes, que creen que sólo lo suyo merece respeto.

Huye de ellas, Quico, como de la peste.

Quico asentía, mirando ora al uno ora a la otra.

Papá estalló:

—La mujer en la cocina, Quico.

Dijo Mamá, aureolada de humo, levantando levemente la cabeza:

—Nunca creas que tú eres la verdad, hijo.

Dijo Papá cada vez más exasperado:

—La mejor de todas las mujeres que creen que piensan, debería estar ahorcada, ¿oyes, Quico?

Las manos de Mamá temblaban ahora como las aletillas de la nariz de Papá. Dijo Mamá:

—Quico, hijo, las bestias no deberían vivir en el asfalto.

Quico levantó los ojos, cada vez más redondos, para mirar a Papá que se incorporaba. Le vio tomar el abrigo y el sombrero del armario ropero y corrió hacia él. Se detuvo al verle abrir la puerta. Papá se agachó. Su rostro parecía demudado:

—Oye, Quico —dijo—, ve y di a tu madre que se vaya a freír puñetas.

Hazme este favor, hijito.

Sonó el portazo como el estampido de un cañón. Al volverse, Quico divisó a Mamá que lloraba; se doblaba por la cintura y se estremecía en vivas convulsiones. Se acercó a ella y Mamá le cogió en brazos y le estrechó y Quico sintió la húmeda tibieza de sus lágrimas en la mejilla, la misma tibieza que sentía en las posaderas cada vez que se repasaba. Decía:

“Hijos, hijos” y le apretaba firme contra su pecho. Quico le acariciaba mecánicamente y cuando vio a su madre más serena le dijo: “Mamá, ¿vas a freír puñetas?” Y Mamá se sonó ruidosamente, con un liviano pañuelito color de rosa y le dijo:

—No digas eso, hijo. Es un pecado.

Se levantó del sillón y en el espejo del vestíbulo se empolvó las mejillas y se arregló los ojos y los labios. Quico la miraba hacer, fascinado; luego, Mamá entró en la cocina y la Vítora, que fregaba los cacharros en la pila, le dijo con repentina decisión:

—Digo, señora, que si no la importa bajo yo o sube él. A despedirse, ¿sabe?

El transistor entonaba música de ayer y de hoy a un volumen destemplado. Mamá levantó el tono para acceder:

—Está bien, hija. Mejor que suba, ¿no? Andamos tan agobiados. Esa Seve yo no sé qué estará pensando.

A través de los cristales y de la rejilla del montacargas, Quico divisó a la Loren:

—¡Loren! —gritó—. ¡Loren! ¿Verdad que al Moro se lo han llevado los demonios al infierno?

La Loren se llevó las manos a la cabeza. Dijo a voces:

—¡Jesús, qué cosas se le ocurren a esta criatura! ¿Tan malo le hacías al Moro?

Chilló Quico:

—¡Juan le vio!

—¿Ah, sí, eh? Ya le voy a dar yo a Juan. El Moro se ha ido al cielo porque era bueno y mataba a los ratones, para que lo sepas.

—Ta—ta—tá —hizo Juan detrás de él.

Quico se volvió y sonrió:

—¿Matas a los ratones, Juan?

—Mato a los indios. ¡La Conquista del Oeste! —dijo Juan.

Quico echó a correr por el pasillo, precediendo a su hermano y, de cuando en cuando, se volvía y decía:

“ta—ta—tá” y Juan le perseguía haciendo, a su vez, “ta—ta—tá”, y al entrar en la habitación Quico se detuvo en seco, mirando con aprensión la lámpara de amplias alas:

—¿Qué pasa? —inquirió su hermano.

—Es el {ángel de la Guarda, ¿verdad, Juan?

—No, es el demonio que...

—¡No! —voceó Quico—. ¡No es el demonio, Juan!

—Que no, tonto, ¿no ves que es el {ángel?

Quico sonrió, mordiéndose el labio inferior:

—¡Ah! —dijo.

Advirtió, de repente, el bulto del pantalón, introdujo la mano en el bolsillo y desparramó por el suelo las chapas de Coca—Cola y Kas y el botón negro. Recogió éste con dos dedos y le dijo a su hermano:

—Anda, Juan, mira lo que tengo.

—¡Bah!, un botón.

—No es un botón; es un disco.

—Sí, un disco.

—Claro que sí.

Juan se dirigió a la librería y empujó con una mano la corredera de los bajos. Hurgaba entre la infinidad de cachivaches y sus profundos ojos negros se iluminaron al topar con la escopeta de corcho sin gatillo ni protector. La aculató en el hombro, enfiló su mirada por el cañón, guiñando un ojo, e hizo, moviéndola de un lado a otro: “ta-ta-tá”, “ta-ta-tá”.

Quico se acercó por detrás. Había vuelto a guardar el botón en el bolsillo y sus cejas se enarcaban en una muda interrogante:

—Juan —dijo.

—¿Qué?

—¿Qué es puñeta?

—¿Puñeta?

—Sí.

Juan adelantó mucho el labio inferior y se metió la cabeza entre los hombros:

—No sé —confesó.

—Mamá dice que es un pecado.

Juan meditó unos segundos:

—Será el pito, a lo mejor —dijo al cabo.

—¿El pito? ¿Es pecado el pito, Juan?

—Sí, tocarle.

—¿Y si te escuece? A mí me escuece si me repaso.

—Eso no sé —dijo Juan. Y aculató, de nuevo, la escopeta, la volvió contra su hermano y le envió una ráfaga.

—¿Soy un indio? —preguntó Quico.

—No.

—¿No es la Conquista del Oeste?

—No. Es la guerra de Papá.

Quico corrió a esconderse tras la butaca de plástico.

—Tú eras los malos —dijo Juan.

Se cruzaron unas docenas de disparos y finalmente Juan se impacientó:

—Te tienes que morir —dijo—. Yo tengo que matar más de cien malos, como Papá. ¡Anda, muérete!

Quico se tendió en el suelo, inmóvil, el tubo dentífrico en la mano derecha, los ojos entreabiertos observando a Juan. Juan se aproximó:

—No tienes sangre —dijo desalentado.

—¿Sangre?

—Sí, sangre.

—El Moro se ha muerto y no tenía sangre.

—Pero no era la guerra —dijo Juan.

De improviso se dirigió al primer cajón de la librería, tiró de él y sus ojos se posaron en la colección de frasquitos de tinta china. Repasó, rápidamente, uno por uno:

—No hay rojo —dijo.

Mas antes de acabar de decirlo ya se había incorporado, corrió al aseo y regresó con el tubo de mercurocromo:

—Túmbate —dijo con la mirada radiante.

Con el cuentagotas fue manchando de rojo la frente de Quico y las manos de Quico y las rodillas de Quico y, para concluir, vertió unas gotas sobre las baldosas y se alejó para contemplar su obra con perspectiva. Sonrió ampliamente:

—Ahora sí pareces un muerto de la guerra —reconoció.

Pero Quico se cansaba y se incorporó y, al moverse, barrió las gotas frescas con el trasero. Se puso en pie de un brinco:

—Quiero pis —dijo.

—Anda, corre, no te repases —dijo Juan espantado.

Quico entró en el cuarto de baño rosa, forcejeó un rato, se levantó la pernera y orinó. Reía a la nada al hacerlo y canturreaba: “Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro”.

Al concluir regresó junto a su hermano. Juan le gritó apuntándole con la escopeta:

—¡Alto! Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito.

Quico sonreía sin entenderle.

Añadió Juan:

—Tú tienes que levantar las manos, Quico.

Quico levantó las manos.

—Ahora —prosiguió Juan— tú sacabas la pistola y me matabas a mí.

Quico hurgó desmanotadamente en el bolsillo y al fin extrajo el tubo de dentífrico, lo inclinó hacia su hermano y dijo:

—¡Pum!

—No —dijo Juan—. Di antes:

“Toma, canalla”.

—Toma, canalla —dijo Quico.

—No —agregó Juan—, luego dices:

“¡Pum!”

—¡Pum! —dijo Quico.

—No —dijo Juan—. Antes tienes que decir: “Toma, canalla”.

—Toma, canalla —dijo Quico.

—¡No! —dijo Juan enfadado—. Di:

“Toma canalla, ¡pum!”

—Toma, canalla, ¡pum! —repitió Quico.

Juan se desplomó aparatosamente sobre las baldosas con la escopeta en la mano.

—Ya está —sonrió Quico—. Te he matado.

Juan se encontraba a gusto allí, soltó la escopeta y cruzó las manos sobre el vientre. Dijo Quico:

—Ya está, Juan, levántate.

Pero Juan no se movía. Puso los ojos en blanco y musitó como una letanía:

—He fallecido en el día de ayer confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición de...

—No, Juan —dijo Quico—. ¡Levántate!

Juan prosiguió:

—Mi padre, mi madre y mis hermanos participan tan sensible pérdida y ruegan una oración por el eterno descanso de mi alma.

—Levántate, Juan —repitió Quico.

Juan entreabrió los ojos, miró hacia la pantalla de amplias alas y dijo con voz de ultratumba:

—Y el demonio con el rabo tieso y los cuernos afilados...

—¡No, Juan, levántate! —voceó Quico.

Entonces se oyó el llanto de la niña. Juan se incorporó de un salto:

—¡Cris! —dijo—, se ha despertado.

Los dos juntos penetraron en el cuarto de la pequeña que hacía:

“A-ta-ta” y Juan abrió la ventana y la niña sonreía con los mofletes arrebolados y Quico la destapó y tocó sus posaderas y salió desalado pasillo adelante, voceando:

—¡Domi, Cris se ha hecho pis en la cama!

Luego, se llegó al salón y antes de entrar ya dio el parte a grandes voces y Mamá estaba con la tía Cuqui que se echó a reír al verle y dijo: “Huy”

y Mamá se excitó toda:

—¡Ave María! —dijo—. ¿Quién te ha puesto así?

Quico se detuvo en medio de la habitación:

—¿Cuál? —dijo.

—Cuál, cuál —dijo Mamá levantándose y tomándole por un brazo y zarandeándole—. Pero ¿es posible? El pantalón nuevo —le dio dos azotes—.

¡Vítora, Domi!

Vino la Vítora y al verle los manchones rojos en la frente y las manos y las rodillas y las posaderas se asustó:

—¡Jesús! —dijo—. Le han puesto como a un Santo Cristo.

Después de lavarle la cara, las manos y las rodillas y mudarle el pantalón, Quico descansaba en el regazo de tía Cuqui, que era suave y confortable como un edredón de plumas, y, entre sus brazos, se sentía increíblemente pequeño y protegido:

—Eres muy bonito, chiquitín, pero que muy bonito. —Tía Cuqui hablaba bajo y como con música y sus besos no restallaban junto al oído, como los de la Vítora, hasta casi ensordecérle.

En el salón reinaba un orden pulcro y un silencio estimulante y, para no desentonar, o tal vez porque acababan de lavarle la cara, las manos y las rodillas, Quico charlaba en un tono de voz casi confidencial:

—Hoy no me he hecho pis en la cama —dijo.

—Mi chiquitín es muy limpio, ¿verdad?

—Sí, y Cris se ha hecho caca en las bragas.

—¿También caca?

—Sí, es una marrana, no lo pide.

—Es pequeña, ¿oyes? Cris es pequeña y no sabe pedirlo. Tú vas a enseñarla a pedir caquita, ¿verdad, mi chiquitín?

—Sí.

Tía Cuqui sabía tenerle en brazos sin que él se impacientase, sin que notara en los muslos las costuras del pantalón, sin asfixiarle. La voz de tía Cuqui le amansaba, le arrullaba, predisponiéndole al sueño y a ser infinitamente bueno y por los siglos de los siglos. Entró Mamá con su habitual gesto de gravedad un poco acentuado:

—No lo quieras, tía —dijo—. Ha sido malo.

Ella lo estrechó instintivamente:

—{él no es malito; ha sido sin darse cuenta.

—Y no me he hecho pis en la cama —dijo Quico.

—Claro. El chiquitín no se ha hecho pis en la cama.

—Y Cris se ha hecho caca en las bragas.

—Ya ves —dijo tía Cuqui.

Quico acomodó la cabeza entre los frondosos, mollares pechos de tía Cuqui. Entornó los ojos:

—Se ha muerto el Moro —dijo de pronto.

—¿El Moro?

—El gato de Paulina, mujer —dijo Mamá, sentándose. Y añadió, después de encender un cigarrillo y lanzar una bocanada de humo—: Estoy horriblemente fatigada. Continúo en crisis parcial, ¿sabes? Esto del servicio se pone cada día más difícil.

—¿La asistenta? —dijo tía Cuqui.

—Hija, la asistenta y la Seve.

Hace una semana que marchó al pueblo.

Dice que su madre no anda bien. Vete a saber.

La voz de la tía Cuqui era como un hilito rojo, de tan fino y agudo:

—Yo no sé qué pasa —dijo riendo que las madres de las criadas casi siempre están muriéndose, ¿no te has fijado?

—El Moro se ha muerto. Terció Quico incorporándose.

Tía Cuqui le estrechó contra sí:

—¿De modo que se ha muerto el gatito? ¿Se ha muerto tu amiguito?
¡Pobre tesoro! ¡Pobre corazón tierno!

Mamá tejía una lana gris con ágiles movimientos de muñeca y, de cuando en cuando, las agujas metálicas, al entrechocar, hacían el mismo ruido que las tijeras de Fabián al cortarle el pelo. Sus ojos seguían el curso de la labor y, al concluir una vuelta, empujó maquinalmente los puntos contra la cabeza de la aguja y miró a tía Cuqui. Dijo:

—Le contemplas demasiado.

—¡Oh, no, no digas eso! Este niño necesita un cariño especial, Merche.

No olvides que hasta hace un año era el rey de la casa. Es el príncipe destronado, ¿oyes? Ayer todo para él; hoy, nada. Es muy duro, mujer.

La voz de Mamá era suave pero implacable:

—Tonterías —dijo—. Yo he destronado ya cuatro príncipes sin tantos paños calientes y me ha ido muy bien.

—Has tenido suerte, eso es todo.

Pero mira lo que dicen los psiquiatras.

—¿Qué?

—Los complejos y eso. Todo eso viene de cuando niños, ya ves. Una cosa a la que no le das importancia y, a lo mejor, de mayor, un complejo.

Son cosas muy enrevesadas ésas, pero Pepa Cruz, ya lo oyes, antes una enfermedad que un complejo. Es muy serio, hija, eso de los complejos.

La voz de Mamá sonaba entreverada con el chasquido de las agujas:

—Tontunas —dijo. Y repitió—:

Tontunas. Si te fueras a fiar de los psiquiatras no podrías dar un paso.

Tía Cuqui bajó la voz:

—Mira el chico de la Peláez, bien cerca le tienes.

Cesó el chasquido de las agujas:

—¿Qué?

—¿Qué? Pues que Luisa probándose delante de él hasta los quince años y que ahora que se ha casado y que su mujer no le dice nada. Han pedido la anulación a Roma.

La voz de Mamá sonó un tanto alarmada:

—¿Es cierto eso?

—Mira.

Volvió a oírse el tintineo metálico de las agujas. En el regazo de Mamá había un cilindro de plástico con una cremallera donde encerraba la labor cuando terminaba. Al hablar tía Cuqui su pecho subía y bajaba, como si tuviera amortiguadores, y daba una resonancia especial que adormecía a Quico:

—Son muy chiquitines —dijo—. Pobrecitos, todo cuidado es poco. A mí me dan mucha lástima los niños chicos; sufren. Nosotras no lo vemos pero sufren. Hay que ir con mucho tiento.

Mira este pobre. Hasta ayer dueño de la casa; hoy, nadie. Poco a poco.

Las cosas hay que hacerlas poco a poco, sobre todo si andan por medio los complejos. Ponte en su lugar, Merche, ayer el benjamín, todos alrededor de él; hoy, nada, el quinto de seis hermanos; lo último.

La voz de Mamá sonaba ahora rutinaria y fría:

—Me parece que exageras, Cuqui.

Se abrió un silencio. Mamá y tía Cuqui hablaron, seguidamente, de los partos y, más tarde, pasaron revista a los ecos de sociedad. Por último se enzarzaron en animada conversación sobre cocina. Y se decían: “Tienes que darme la receta, mujer” o “¿y dices que queda bueno?”, o “sale más económico de lo que parece, ya ves”.

Y Quico escuchaba la resonancia de la voz de tía Cuqui en su pecho — el de tía Cuqui— y, cuando tía Cuqui le dijo a Mamá “fríes una cabeza de ajo en un dedo de aceite”, el niño se incorporó:

—¿Es una cabeza de ajo una puñeta, tía Cuqui?

—¡Qué disparate! —dijo tía Cuqui y Mamá se encendió hasta la raíz del pelo. Quico prosiguió:

—Papá quiere que Mamá fría puñetas.

—¡Qué disparate! —repitió tía Cuqui.

Terció Mamá ofuscada:

—No le hagas caso, cosas de chicos.

—Papá lo dijo —agregó Quico tímidamente.

Mamá, tras una pequeña vacilación, recuperó su tradicional energía:

—Papá no dice esas cosas; no mientas —se volvió hacia la tía Cuqui—:

Quisiera saber dónde aprende este chico esas palabrotas.

Quico la miraba con sus atónitos ojos azules, el rubio flequillo hasta las cejas, anonadado. En ese instante se oyó ruido de cristales y las voces de la Domi y la Vítora. Mamá salió como un relámpago y Quico forcejeó hasta que su tía le dejó libre, resbaló por sus faldas hasta el suelo y corrió tras de su madre por el pasillo. Al entrar en la cocina, Mamá golpeaba ya a Juan en el pestorejo y le decía una y otra vez: “Te he dicho más de veinte veces que en casa no se juega a la pelota ¡sin propina!” El cristal más alto de la puerta del montacargas aparecía quebrado. Domi, en un rincón, le hacía “tortitas—tortitas” a Cris y cuando Mamá le dijo “y usted, ¿para qué está aquí?, la Domi respondió: “Pero ¿usted cree que me hacen caso, señora?” y la Vítora, que se apoyaba en la fregona, sonrió imperceptiblemente. Entonces, Mamá dijo que la cocina no era lugar para los niños y que al cuarto de jugar. Y cuando la Domi, con la niña en brazos y Juan y Quico detrás, se encaminaban hacia el cuarto de jugar, Mamá les oseaba, moviendo las dos manos y le dijo a la Domi que a ver si era capaz de entretenerlos al menos media hora y que si podía pasar media hora tranquila sin oír a los niños y sin que hicieran alguna se daría por satisfecha, porque estaba aburrída de niños y de seguir así terminaría en el manicomio. Y al decir esto, empujaba a Juan y a Quico, y Juan y Quico apresuraban el paso y cuando, finalmente,

se vieron a solas en la habitación, Quico miró para la lámpara recelosamente y Juan se sentó en la butaca con gesto adusto, sosteniendo en las piernas “La Conquista del Oeste”. La Domi estaba irritada y le dijo a Quico:

—Anda, vete a orinar. Ahora sólo falta que te mees tú las bragas, marrano.

Quico abrió las piernas, se pasó las dos manos por los bajos del pantalón y le dijo:

—No, Domi, toca; ni gota.

—Anda.

Quico salió y volvió al poco rato.

—No me sale —dijo.

—Bueno, a ver si te va a salir cuando menos falta haga.

La Domi apretujó a Cris y le dijo: “¡Hija!” y, después, tomó su mano regordeta que tenía hoyos, donde los adultos tienen huesos, y la golpeó simbólicamente la cabeza mientras decía: “Date—en—la—mochita date—date—date”. Quico la observaba, mas, de inmediato, se cansó de aquel juego y se acercó a Juan y Juan dejó de leer y le dijo confidencialmente:

—Me voy a escapar de esta casa.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Dónde, Juan?

—Donde no me peguen.

—¿Cuándo, Juan?

—Esta noche.

—¿Te vas a escapar esta noche de casa. Juan?

—Sí.

—¿Con otra Mamá?

—Claro.

Quico se quedó sin habla. Añadió Juan acentuando el tono confidencial y señalando las camas de Pablo y Marcos:

—Haré cuerdas con las sábanas y las ataré y me marcharé por el balcón.

—¿Cómo los Reyes, Juan?

—Como los Reyes.

Quico pestañeó varias veces y, al cabo, dijo abriendo una amplia sonrisa:

—Yo quiero que los Reyes me traigan un tanque.

—¿Tú, Juan?

—¡Bah! —dijo Juan.

La Domi se volvió a ellos:

—¿Qué estáis tramando ahí?

—Nada —respondió Juan.

Quico sacó del bolsillo un tubo de dentífrico y divagó un rato por la habitación arrastrándole por el suelo remedando el zumbido de un motor y

haciendo “piii-piii”, como un claxon, de cuando en cuando. Bajo la cama de Pablo vio brillar algo y se acercó.

Era una punta. La cogió, miró a la Domi y la guardó en el bolsillo. Se puso en pie y guardó también el tubo de dentífrico. Finalmente se arrimó a Juan:

—Me aburro —dijo.

Juan leía “La Conquista del Oeste”. Quico divisó un cromo con mucho azul y agarró a la Domi de la bata negra y la obligó a mirar y dijo:

—Mira, Domi, San Sebas.

—Sí —dijo Domi.

—¿Te acuerdas de Mariloli?

—Y de Bea.

—¿También de Bea?

—A ver. Bea también es de Dios, ¿no?

—Yo quiero ir a San Sebas, Domi.

—Cuando haga calor. Ahora hace frío.

—En San Sebas hay vacas, ¿verdad, Domi?

—Claro.

Quico permaneció unos momentos meditabundo. Dijo:

—Domi, cántanos lo del niño que comía con las vacas, anda.

Juan cerró el álbum.

—Sí, Domi —dijo—, cántalo.

La Domi sostenía a la niña sobre la mesa—camilla y la niña gateaba y hacía “a—ta—ta” o se volvía y hurgaba a la Domi en la nariz, y en los ojos, y en las orejas.

—Calla, Cris —dijo Quico—. La Domi va a cantar.

—Siéntate en tu silla —dijo la Domi imperativamente.

Quico arrastró la butaquita de mimbre a los pies de la mujer y se sentó. Juan y Quico levantaban sus caritas expectantes. La Domi carraspeó; entonó al fin:

—Prestad mucha atención al hecho criminal de un padre ingrato, degenerado, hombre sin corazón, sin ninguna piedad, que en Valdepeñas ha secuestrado a un hijo suyo este hombre infame en un establo y sin comer

La Domi imprimía a la copla unas inflexiones, unos trémolos que subrayaban el patetismo de la letra. Quico le miraba el hueco negro de la fila de dientes de abajo, aquel vano oscuro que acentuaba la gustosa sensación de terror que le recorría la espalda como un escalofrío:

cuando las vacas toman el pienso, alfalfa fresca como él también, pues los mendrugos no son constantes no suficientes para comer.

El padre que cuenta se da y la madrastra por igual, palos le daban al inocente, su cuerpo es pura llaga por este padre tan cruel la bestia humana del siglo veinte.

La Domi los miró un instante y, por un momento, se ablandaron sus pupilas, aceradas e inmóviles como las de un halcón. Suavizó la voz para rematar:

Llorad, madres, llorad, porque hijos tienes tú, que es una pena ver la criatura sin pan, agua, ni luz cargar con esta cruz medio enterrado entre la basura.

Quico y Juan escuchaban con la boca abierta. Tardaron unos segundos en reaccionar. Quico miró a Juan y sonrió. Juan dijo a la Domi:

—¿Ya está?

—Ya. Por una perra gorda no dan más.

Quico se agarraba al borde del asiento de su butaquita de mimbre y la arrastraba sin cesar de sonreír.

Dijo:

—¡Qué bonito! ¿verdad, Juan?

—{él mismo asentía a sus palabras con la cabeza. Súbitamente se puso en pie, agarró a la Domi los bajos de la bata negra y exigió:

—Lo de Rosita Encarnada, Domi, anda.

El rostro de Juan irradió:

—Sí, Domi, lo del puñal de dos filos.

Cris dijo “a—ti—ta” y Quico dijo, feliz: “Ha dicho Rosita, Juan, ¿la has oído?” Y rió mientras volvía a sentarse y repitió: “Cris ha dicho Rosita”. Miró a Domi: “Cris ya sabe hablar, ¿verdad, Domi?”

—Bueno, ¿canto o no canto?

—Sí, Domi —dijeron los dos niños a coro.

La Domi se aclaró la voz que salió, no obstante, de sus labios un poco gangosa, un poco arrastrada, como la de los ciegos:

Ya venimos de la guerra de {áfrica y todo esto lo trae la pasión.

Ya venimos del {áfrica todos a encontrarnos con el viejo amor.

La Domi oscureció la voz. Siempre que hablaba el Soldado bajaba la voz tanto que parecía que cantaba dentro de una caja de muerto:

Me juraste Rosa Encarnada que con otro hombre no te casabas, ahora vengo a casarme contigo y me encuentro que ya estás casada.

La Domi hizo un salto estudiado y miró a los dos pequeños, inmóviles, como hipnotizados. Su voz se aflautó, se hizo implorante y desgarrada, de pronto:

¡No me mates, por Dios, no me mates!

No me mates, tenme compasión; ese beso que tú a mí me pides ahora y siempre te lo he de dar yo.

Juan denegó con la cabeza. Sabía que el Soldado no la besaría.

Siempre temía, sin embargo, que cediera y terminara besándola. Quico le miró con el rabillo del ojo y denegó también sin saber bien a qué. La voz de la Domi se tensó y, aunque brumosa, se hizo más vivaz y dramática:

Yo no quiero besos de tus labios, lo que quiero es lograr mi intención, y sacando un puñal de dos filos en su pecho se lo atravesó.

Los rostros de los dos niños resplandecían. Dijo Juan arrugando la cara:

—Dos filos. ¡Dios, Domi, cuánta sangre echaría!

—Calcula —dijo la Domi—. Una mujer joven, bien criada y en sazón, pues ya ves, hijo, como un choto.

Quico miraba a la mujer, concentrado, obstinadamente.

—Un choto —dijo—. Cántanos otra vez lo del niño que comía con las vacas, anda, Domi.

—No —respondió la vieja—. Ya no canto más. Luego se me irritan las anginas y no me puedo dormir.

Quico se hallaba tan trasportado, tan absorto, que no notó las ganas hasta que sintió el calor y la humedad, de forma que cuando echó a correr y levantó la tapa de la taza rosa ya se había repasado.

Andaba huido entre las camas y los armarios y cada vez que la Domi le miraba cruzaba una pierna con la otra para ocultar la huella delatora. La Domi jugaba con Cristina y le mostraba los automóviles que desfilaban por la avenida, y le daba en la mochita y tan sólo, de rato en rato, preguntaba por pura fórmula:

—¿Qué haces, Quico?

—Nada —respondía Quico y evitaba andar despatarrado, aunque el pantalón le tiraba y le raspaba la cara interna de los muslos.

Juan leía de nuevo “La Conquista del Oeste” y la mayor preocupación de Quico, ahora, era detectar los ruidos que se producían más allá de la puerta. Sintió tres veces el teléfono blanco y por tres veces descansó pensando que Mamá respondería. Mas intuía que la hora de merendar estaba próxima e intuía que a Mamá le bastarían diez segundos para advertir que se había repasado. Permaneció en un rincón abanicándose con un libro y luego quieto, un rato, en la mesa camilla, pero nada era suficiente para borrar aquella mancha de humedad, cada vez más enojosa y humillante. Y cuando la Domi le preguntaba: “¿Qué haces, Quico?”, él se sobresaltaba y respondía: “Nada” y una vez le dijo:

“¿No tienes gana de orinar, Quico?”

Y él respondió con un tono de voz tan opaco como el del novio de Rosita Encarnada: “No”. Y la Domi porfió:

“No vengas con el no y luego vaya a resultar que sí”. “Que no, Domi”, repitió Quico. “Bueno —añadió la Domi—, tú verás, pero como te repases, te

corto el pito.” “Bueno”, dijo Quico, oculto en el rincón que formaba la cama de Marcos con el armario.

Pero Mamá era tan fina de olfato como un sabueso y, tan pronto entró en la habitación con las meriendas —elogiando su comportamiento— y divisó a Quico arrinconado, dijo a media voz:

“Qué mala espina me da”, y añadió severamente:

—¡Quico!

—¿Qué?

—Ven.

—No.

—Que vengas.

—No.

—¿No me has oído?

—No.

—Mira que es rebelde este niño.

¡Ven aquí ahora mismo!

Quico se desplazó unos centímetros del rincón, dando saltitos para no abrir las piernas y apretando los labios, en una actitud como de desafío:

—Ya estoy —dijo.

—¡Aquí! —dijo autoritariamente Mamá.

Quico dio otro par de saltitos.

Juan le miró y dijo:

—Eso es que se ha repasado, seguro.

—No —dijo la Domi—. No hace dos minutos que el niño salió al retrete, a orinar, ¿verdad, hijo?

—Pues me temo que sí —dijo Mamá enojada—. ¡Vamos, Quico, no lo digo más veces!

Mas como Quico ronceara fue Mamá la que se acercó a él, le palpó la entrepierna y le sacudió tres sonoros azotes, mientras decía: “¡Cochino, más que cochino, no ganamos para pantalones!” Luego dijo, por la fuerza de la costumbre, “sin propina” y, por último, le preguntó malhumorada a la Domi para qué estaba ella allí y la Domi respondió que “qué iba a hacerle ella, que como no le pusiera una pinza de la ropa” y, en éstas, Mamá se enfureció y dijo que bastaba con tener un poco de cuidado y que si la pagaba era para que respondiera no sólo de Cristina sino de los dos pequeños.

Se enzarzaron en una viva discusión y Quico se deslizó furtivamente hasta el pasillo y, en una carrera llegó a la cocina. La Vítora fregaba con una esponja el sintasol rojo y le dijo al verle:

—¿Qué pasa, Quico?

—Nada.

Cruzó hasta el cuarto d plancha y se escondió tras la cortina de la cama —armario. La Vítora le seguía:

—Ven acá, Quico —dijo.

A Quico se le hinchó la vena de la frente:

—¡Mierda, cagao, culo! —voceó.

La Vítora se puso en jarras. Descorrió la cortina y se agachó:

—Vamos, a la Vito le sales ahora con ésas. ¿Qué te ha hecho la pobre Vito?

Quico no respondía. La Vítora añadió:

—Si no te quiere la Vito, ¿quién te va a querer? ¿No es buena la Vito? Vamos, habla.

Quico apretaba los labios sin responder. Prosiguió la Vítora:

—Te has repasado, ¿verdad? Cuándo vas a aprender a orinar como un hombre, ¿di?

—No sé —dijo, al fin, Quico, consternado.

La Vítora se secó con el trapo de secar los vasos. Sus manos hacían ángulo obtuso con los antebrazos.

Abrió el armario rojo, cogió unos pantalones y se sentó en la silla baja.

—Ven acá —dijo.

Quico se acercó sumisamente. Ella le desabotonó los tirantes:

—Te ha calentado la Mamá, ¿verdad?

—Sí.

—¿En el culo?

—Sí.

—¿Te vas a volver a repasar?

—No.

—A ver si es verdad.

Le sacó de la cocina. —Le dijo:

—Aguarda aquí; la Vito se va a arreglar.

—¿Vas a salir de paseo, Vito?

—No. Va a subir el Femio.

—Ah.

La oía desvestirse al otro lado de la puerta y súbitamente exclamó:

—¡Vito!

—¿Qué?

—Me voy a cortar el pito.

La Vítora apareció en la cocina en combinación, los ojos dilatados de espanto.

—Ni se te ocurra —dijo.

—Sí —dijo Quico—. Con una cuchilla de Papá.

—Mira —respondió la Vítora—, si haces eso, te mueres, de modo que ya lo sabes.

Tornó al cuarto de plancha, pero no cerró la puerta. De cuando en cuando se asomaba y veía al niño inmóvil, bajo el tubo de neón, de espaldas a ella.

Entró Mamá y le alargó un bollo suizo con jamón dentro.

—Ten —dijo con el ceño fruncido.

Volvió el rostro a la puerta entreabierta—: Vítora, cuide que lo coma.

—Descuide —dijo la Vítora.

Mamá salió. Quico mordisqueó el bocadillo. Cuando apareció la Vítora con los labios rojos y el borde de las pestañas azul, embutida en su traje de fiesta, Quico dijo:

—Qué bien hueles, Vito.

—Ya ves.

—¿Es para que te huela el Femio?

—A ver.

Y cuando la Vítora concluía de darle pacientemente el bocadillo, sonó una tímida llamada:

—Rim.

—Es él —dijo la Vito, excitada.

—¿Femio?

—Femio. Corre a abrir. —Se sacudió las migas de la falda.

Quico quedó extrañado ante el uniforme. Le miró de arriba a abajo. El recluta se sentía acobardado:

—¿Vive aquí...? —comenzó.

—¡Pasa, Femio! —gritó la Vítora desde dentro.

Quico le seguía, observándole las botas, la gorra que portaba en la mano, el fuelle de la guerrera. Dijo al cabo:

—¿Vas a matar a Rosita Encarnada?

—Mírala —dijo Femio—. Ya es espabilada la chavala, ya.

La Vítora parecía enfadada:

—Es niño, cacho patoso —dijo—.

Además, ¿qué sabe la criatura?, siéntate.

Femio se sentó en una de las sillas blancas; se justificó:

—Estos chavales de casa fina, ya se sabe; ni carne ni pescado.

Quico le miraba según hablaba y las palabras de Femio salían de su boca monótonamente, como empastadas. Atacó la Vítora:

—Oye, majo, ¿es que quieres que a los cuatro años la criatura tenga bigote?

El soldado levantó los hombros tres veces seguidas, como si fuese a caballo sin controlar la cabalgadura:

—Yo no digo nada —dijo—. A mí que me registren.

Quico continuaba examinándole maravillado. Le dolió que Femio no le prestase una atención más próxima y se plantó delante de él:

—Me voy a cortar el pito —dijo, abriendo las piernas.

Femio le señaló con el pulgar.

—¡Vaya un prójimo! Apunta clase el chava —hizo un cómico visaje—: No creas —añadió—, a lo mejor no es mala solución.

—Con una cuchilla de Papá —añadió Quico.

—¿Estás tonto? Y te mueres —dijo la Vítora, sofocada.

—Déjale —dijo Femio—. No quiere problemas.

La Vítora se puso en jarras:

—Si vienes a malmeter a la criatura —dijo—, ya te estás largando.

Femio adelantó las dos manos:

—Calma —dijo—, calma. Ante todo quiero que sepas que si yo me voy allá no es por voluntario. Y otra cosa:

que si tú tienes hoy mala leche, yo la tengo peor.

La Vítora se dobló hacia él. Le hablaba a gritos:

—No enseñes esas cosas a la criatura, ¿oyes? ¡No hables así que no estás en la cantina!

Femio calló. La Vítora fue dejándose resbalar poco a poco hasta quedar sentada en la otra silla, muy rígida.

Quico observaba al soldado con atención creciente. Dijo de pronto:

—¿No tienes puñal?

—No, majo.

—¿Y vas a África?

—¡Qué remedio!

—Y cuando vuelvas, ¿matarás a la Vito?

Femio se revolvió en la silla.

—¡Qué jodío chico! —dijo—. No piensa más que en matar, parece que sé yo.

La Vítora seguía en silencio.

Femio tarareó una canción tamborileando acompasadamente en un botón con los dedos y procuró un armisticio:

—¿Y es el más chico éste?

—El quinto es —dijo la Vítora.

—¡Mira, como yo!

Terció Quico:

—¿Soy como tú?

—A ver.

—Pero yo no tengo vestido.

—¿Vestido? ¿Qué vestido?

El niño acercó reverentemente un dedo hasta rozar el caqui.

—Más te vale —dijo el Femio.

Volvió los ojos hacia la Vítora—:

Parla como una persona mayor. Vaya pico que se gasta. ¿Y es el más chico?

—La niña está —dijo la Vítora.

—Seis —añadió el Femio y ladeó la cabeza—. No está mal.

—Y lo que venga —dijo la Vítora.

—¡Madre! Claro que mejor puede él con dos docenas que yo con uno.

—¿Y qué sabes tú?

Con el pulgar, Femio señaló la puerta de comunicación:

—¿El andoba? —dijo—. No se ahorca por cien millones, ya ves tú.

—Muchos millones son ésos.

Femio echó los brazos por alto:

—A ver —dijo—. Ahora, que tú estés aquí a gusto por siete reales, ése es otro cantar.

Quico no se movía, pero cuando Femio acabó de hablar dijo:

—¿Tampoco tienes pistola?

—Tampoco.

—A mí me va a traer una la tía Cuqui.

—Mira, pues ya tienes más que yo.

La Vítora parecía decepcionada.

Apoyó un codo en la mesa y recostó la cabeza sobre la mano:

—Y el Abelardo, ¿qué?

—Se queda. Pero ya se las canté; tenía ganas de cantárselas.

—¿No la habréis liado?

—Tanto como eso, pero vamos. De que salimos de la Caja va y me dice:

“Tú eres un desgraciado”. Y lo que yo le dije: “Oye, oye, padre y madre tengo, cinco dedos en cada mano y lo otro, así que de eso nada”. El gicho quitó hierro y va y me dice: “Yo...

no iba por ahí. Tú todo te lo tomas por donde quema”. Y lo que yo le dije: “Mira, Abelardo, antes de hablar, avisa la dirección para evitar equívocos”. ¡Qué te parece!

Femio levantó la cabeza y curioseó la pieza. Luego se puso en pie. Iba afianzándose. Quico le consideraba en toda su estatura. Femio se desabotonó un bolso de la guerrera y sacó un “Celta”. Al prenderlo, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Dijo, tras una fumada profunda:

—Ya está curioso esto, ya.

Se recostaba en el fogón de sintasol rojo y apuntó con el cigarrillo para el termo:

—¿Y esto?

—Para fregar con agua caliente —dijo la Vítora.

Sonrió el Femio.

—Hay que ver —dijo—. A todo lujo.

Quico le tiró tímidamente del vuelo del pantalón:

—Femio —preguntó—, ¿vas a matar muchos malos?

—No, majo —se encorvó hacia el niño—. Yo no gasto.

—Mi Papá mató cien.

—Tu Papá apunta por lo fino.

De pronto, sin que nadie lo sospechara, la Vítora rompió a llorar, con los ojos aplastados contra el antebrazo:

El Femio se aproximó a ella.

—Tampoco te lo tomes así —dijo.

Añadió el Femio:

—¿Puede saberse qué mala idea te ha dado? Allá, por no haber, ni mujeres, de modo que ya lo sabes.

La Vítora alzó la cara anegada en lágrimas:

—¿Y las negras? —preguntó.

El Femio hizo una mueca displicente:

—¿Son mujeres las negras?

A la Vítora se le cortó el llanto de repente.

—Mira —dijo—. Para lo que vosotros andáis buscando, sobran.

El Femio le pasó el brazo por la espalda y deslizó la mano por el escote:

—A mí me gusta lo blanco, ya lo sabes; cuanto más blanco, mejor.

La Vítora le apartó la mano.

—Vamos, quita —dijo. Sonrió entre las lágrimas—. No veo el momento —agregó— de verme otra vez contigo en el guateque del señor Macario, fijate.

—¿Ahí? —dijo el Femio—. Ni amarrado, después de lo del domingo.

—¡Anda! ¿Y qué va a hacerle él?

—Ponerse en regla, que es lo que debe. ¿Tú crees que es plan aflojar ocho barbos para pasarse la tarde saltando por la ventana cada vez que asoma la poli?

—Vamos, no digas, que yo me meé de risa.

Quico se acercó a ella:

—¿Te has repasado, Vito? —dijo.

La Vítora se puso en pie de un salto:

—¡Quita esa mano, vamos!

El Femio lanzó la colilla al suelo:

—Mira si se gasta picardía el chaval.

La Vítora se ofuscó.

—No te creas que lo hace con malicia —dijo.

Estaban de pie el uno junto al otro.

—Yo no creo nada —la sujetó por la cintura.

Quico tironeó de nuevo el vuelo de sus pantalones:

—¿Por qué no duermes aquí, Femio?

La Vítora se separó del soldado.

—No hay cama, majo.

—Sí —dijo Quico.

—¿Dónde, a ver?

El niño señaló el cuarto de plancha:

—Ahí, en la de Seve, contigo.

La Vítora se llevó las manos al rostro.

—¡Válgame Dios! —dijo—. ¿Quieres callar la boca?

—Como Papá y Mamá —dijo Quico.

El Femio reía, levemente acobardado:

—¿Sabes que aquí, para ser tan joven, no tiene malas ideas?

Le miraba al chico socarronamente,

sacó otro “Celta” y lo encendió entornando los ojos y haciendo pantalla con las manos. Dijo Quico:

—¿Está lejos África, Femio?

—Lejos.

—¿Más que el estanque de los patos?

—Más.

—¿Más que la feria?

—Más.

Quico meditó unos segundos:

—¿Y más que la Otra Casa de Papá?

—Más.

Quico agitó los dedos de la mano derecha:

—¡Jobar! —dijo.

La Vítora estaba todavía trastornada. Dijo:

—El crío este tiene cada cacho salida.

—No es tonto, no —el Femio se acercó a la Vítora—: Así que tan amigos.

Ella le miró tiernamente:

—A ver, qué remedio.

—¿Y no vuelves a llorar?

La Vítora denegó con la cabeza.

Estaban frente a frente, sin obstáculos por medio y él se aproximó aún más, la enlazó por el talle y la besó en la boca. La mano de la Vítora se engarabataba sobre la espalda del muchacho, junto al fuelle de la guerrera. Y, como no ofreciera resistencia, el Femio la volvió a besar ahincadamente, con los labios entreabiertos, ocultando los de la muchacha entre los suyos, un poco atornillados.

Quico les miraba, los ojos atónitos, y, como aquello se prolongara, empezó a golpear la pierna del Femio y a gritar:

—¡No la muerdas, tú!

Pero ni la Vítora ni el Femio le oían y él le golpeó de nuevo y de nuevo voceó.

—¡No la muerdas, tú!

Mas como el Femio no le hiciera caso, se puso de puntillas, abrió la puerta y salió corriendo por el pasillo, diciendo a voces:

—¡Mamá, Domi, Juan, venir!

¡Femio está mordiendo a la Vito!

Al entrar Mamá, con la Domi detrás, el Femio estaba como cuadrado, los tacones juntos, las punteras de las botas separadas, pero agachaba la cabeza como si le interesaran mucho las vueltas que daba a la gorra entre sus fuertes manazas. La Vítora, a tres metros de él, se recostaba en el mármol de la mesa, con una sonrisa violenta entre los labios, a los que rodeaba un salpullido tan rojo como los labios mismos. Quico precedía a Mamá cogida de la mano, como conduciéndola, y al ver a la Vítora y al Femio cada uno por su lado, se desmoronó:

—Ya no —dijo.

Dijo Mamá:

—Me asusté. Pensé que regañaban.

La Vítora fingía naturalidad, pero cada gesto suyo, cada movimiento, era una autoacusación:

—Cosas del Quico —dijo riendo forzosamente.

La Domi, con la niña en brazos, le guiñó un ojo y reforzó:

—Este chico lo que no ve, lo inventa.

Mamá estaba como un espantapájaros, inmóvil, en el centro de la cocina.

—Perdonen —repitió.

La Vítora se adelantó de golpe:

—Bueno —dijo—, que no he hecho las presentaciones. Aquí, mi señora.

Aquí, él.

Mamá tendió la mano al Femio:

—Mucho gusto —dijo.

—A la señora Domi, ya la conoces.

—¿Qué tal, señora Domi? —preguntó el Femio.

—Ya ves, hijo —dijo la Domi—.

Aquí andamos.

El Femio continuaba girando la gorra cuando Mamá le dijo:

—¿Así que se va usted?

—Mañana, ya ve.

Mamá movió lentamente la cabeza.

—Antes de que lo piense estará de vuelta —dijo—. El tiempo se va volando. —Volvió a tenderle la mano—:

Vaya, pues, mucho gusto y que tenga suerte.

Al llegar a la puerta se volvió, tomó a Quico de la mano y le sacó de la cocina. Le dijo en voz baja, pero enérgica:

—¡Vamos! Tú siempre metiendo la nariz en lo que no te importa. —Se dirigió a la Domi—: Lléveles al cuarto.

Por las tardes las pisadas de Mamá sonaban más que por las mañanas. La Vítora decía: “Lo que más me gusta de tu Mamá es cómo pisa”. Su taconeo era firme y rápido cuando se dirigió al salón. Quico pareó su paso al de Juan y se encaminó al cuarto de jugar:

—¡Los soldados! —dijo alegremente cuando logró acompasar su paso al de su hermano.

La Domi cerró cuidadosamente la puerta después de pasar los niños e hizo sentar a Quico junto a ella.

Afiló mucho los ojos para preguntarle:

—Di, hijo, ¿dónde le mordía el Femio?

—Aquí.

—¿En la boca?

—Sí.

—¡Huy, madre! ¿Y fuerte?

—Muy fuerte y más tiempo.

—¿Mucho tiempo?

—¡Muchísimo! —dijo Quico.

Juan se acercó a la mesa—camilla.

Terció:

—¿Le hizo sangre?

—Vamos, calla tú la boca, ¿no ves que estoy hablando yo? —Se volvió a Quico—: Di, hijo, y ¿qué decía la Vito, qué decía?

Intervino Juan:

—¿Cómo va a hablar, Domi, si el Femio le mordía la boca?

—¡Te quieres callar!

Quico se echó al suelo y amontonó las chapas de Coca—Cola y de Kas y dijo:

—Yo vendía ruedas.

Dijo la Domi.

—Ven acá, majo.

Quico obedeció:

—¿Qué quieres?

Tenía una chapa en cada mano y se le veía impaciente. La Domi inquirió:

—Dime, hijo, dime: ¿qué dijo la Vito antes de be..., antes de morderla el Femio?

—Ya no me acuerdo —dijo Quico.

—¿No te acuerdas? ¿No habrían regañado?

—¡Qué va!

—Oye, majo, ¿y estaban en la cocina o en... en el cuarto cuando la mordió?

—¡Ya no sé más cosas, Domi, déjame! —chilló de pronto, Quico.

La Domi levantó la mano:

—Te metía un testarazo así —dijo—.

Anda, que cuando quieres, buen pico te gastas.

Quico se agachó junto a las chapas.

Repitió:

—Claro, si ya te he dicho todas las cosas, Domi.

La mirada de la Domi encerraba ahora un brillo maligno:

—¿No quieres orinar?

—No.

—Si te repasas otra vez te corto el pito, ya estás enterado.

Movió la pierna en que se sentaba la niña y dijo: “Arre, caballito, vamos a Belén, a ver a la Virgen y al niño también”. Cris palmoteaba.

Quico colocaba una chapa sobre otra y cada vez que colocaba la séptima, la torre se le venía abajo. Empezó a desesperarse: “Ayyy”, decía, pero sus manos eran cada vez más torpes e ineficaces. De pronto, bajo la butaca de plástico rameada, distinguió un lápiz.

Abandonó las chapas, agarró el lapicero, se incorporó y revolvió en la librería de sus hermanos. No encontraba un papel y, entonces, tomó un libro del estante y arrancó, sin más, la primera hoja. Se tumbó en el suelo y empezó a pintar. Cada vez que trazaba un borratajo sus labios se entreabrían en una complicada sonrisa.

Sonorizaba el grabado conforme nacía de su mano:

—Y aquí había un señor y aquí iba un tren con muchas ruedas, fafafafafafa—piiiiiii, y le pillaba y el señor iba a su casa y luego un coche que estaba estropeado y el otro señor...

Al concluir se puso rápidamente en pie. Se aproximó a Juan:

—Mira, Juan —sonreía.

Juan examinó el papel atentamente.

—No lo entiendo —dijo.

—¿No lo entiendes?

—No, ¿qué es esto?

—Un señor del tren.

—¿Y esto?

—El sol, y eso, otro señor del coche.

Observaba a su hermano esperando su adhesión entusiasta, pero Juan repitió otra vez más: “No lo entiendo”.

La Domi se levantó dos veces de la silla, entreabrió la puerta y escuchó.

No se oía nada. Al cabo de diez minutos le dijo a Juan:

—Juanito, hijo, llégate a la cocina y mira a ver qué hacen la Vito y el Femio.

—Hijaaa —dijo Juan.

—Anda, majo.

Juan agarró el picaporte.

—Oye —le advirtió la Domi sobre la marcha—. Di que vas a beber agua, no te se ocurra decirles que te lo he dicho yo, ¿oyes?

—Bueno.

Mientras duró la ausencia de Juan, la Domi paseó a la niña de la mano por la habitación. Cris se detenía ante cada objeto que encontraba y decía inclinándose hacia él: “A—ta—ta”.

Y la Domi, por no agacharse, corroboraba: “Caca, caca. Eso no se toca, ¿verdad, hija?” Al reaparecer Juan, la Domi inquirió con avidez:

—¿Qué?

—Se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—¿Quién va a ser? El Femio.

—¡Se ha ido el muy sinvergüenza sin decirme una palabra! Eso no se lo perdono. Vamos, que irse así. Pues no me dijo veces: “Para mí, señora Domi, usted como una madre”. ¡Ya ves qué madre! —Se inclinó hacia Juan—:

Y la Vito, ¿qué hace, hijo?

—Llorar.

—A ver qué quieres que haga.

—Si yo no digo nada, Domi —aclaró Juan.

La Domi le entregó a Cristina.

—Mira un poco por la niña —dijo.

Y salió después de dar la luz.

Juan reparó en la mesa haciendo ángulo con la butaca de plástico rameado, cogió las dos sillitas de mimbre y las colocó encima.

—Mira, Quico —dijo—. ¡La Cabaña!

—Sí —dijo Quico enardecido.

Juan condujo a la niña debajo:

—Nosotros éramos los guardias y Cris estaba en la cárcel.

Quico colocó una silla grande, tumbada, a modo de puerta. Después se escurrió hacia el interior por entre los palos. Dijo:

—Por aquí entran otros malos, Juan.

—No —dijo Juan—. No le enseñes eso que se va a escapar.

Cris le sonreía desde su encierro y decía todo el tiempo: “A—ta—ta”, “A—ta—ta”.

Juan se arrodilló junto a la prisionera, en tanto Quico daba vueltas y más vueltas en torno a ella.

Tropezó con una silla:

—¡Ay! —dijo Cris.

—¿Ves? Ya la has pillado.

Se agachó Quico y divisó a la niña a través de la rejilla del asiento.

—¡Cris! —llamó—. Te veo.

—A—ta—ta.

—¿Estás presa, Cris?

—A—ta—ta.

La niña enredaba con un pájaro de baquelita que había encontrado en su prisión. Dijo Quico:

—Ese pájaro es mío. Me lo trajeron a mí los Reyes, ¿verdad, Juan?

Juan despojó de las faldas a la mesa—camilla y las depositó sobre la cabaña.

—Una casa con techo —dijo.

—Sí, ¡una casa con techo!

—No hay que mover la silla, si no se cae.

Cristina empezó a gatear entre la silla y la butaca.

Chilló Quico enfáticamente:

—¡Que se escapa el ladrón!

—Ya no es un ladrón —dijo Juan.

Quico le miró desconcertado, se puso en cuclillas y se metió dentro.

Se sentó junto a Cris y se acomodó en la silla tumbada:

—Mira, Cris, la ventana.

—A—ta—ta.

—Yo era un Papá y tú una Mamá.

—A—ta—ta.

—Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro —canturreó Quico sacando la cabeza por entre los palitroques—. ¡Mira, Juan, que me escapó!

Juan se había sentado en la butaca de plástico y sostenía el álbum de “La Conquista del Oeste” sobre los muslos.

—Yo ya no juego —dijo sin levantar los ojos.

Quico retiró la silla y salió.

Tendió una mano a Cristina. Una vez la niña a su lado le dijo:

—Cuando quieras pis lo pides, ¿eh?

Cris le miró sin comprenderle.

—Si te repasas te pego. —Se agachó y le tocó las bragas. Añadió—:

¡Huy, qué guapa es la niña! Juan, Cris no está hecha pis.

—Bueno, quita.

Quico tendió la vista en derredor suyo y como no hallara nada de interés se acercó a la puerta y salió. Cristina correteaba torpemente tras él.

El montante de la puerta del office quebraba, al fondo, la obscuridad del pasillo. La casa estaba en silencio y apenas llegaba hasta ellos el murmullo de la conversación de la Domi con la Vítora a través del tabique. Dijo Quico, ahuecando la voz:

—Cris, el Coco.

—A—ta—ta —hizo la niña, atemorizada.

Quico dio la luz del cuarto de baño rosa y abrió las puertas del armario barnizado.

—Te voy a afeitar —dijo—. ¿Quieres que te afeite, Cris? —se arrodilló.

Buscó entre los trastos allí guardados. Su rostro resplandecía de felicidad. Tomó el tubo de dentífrico:

—Otro cañón —dijo como para sí—.

Está cargado.

Había allí unas tijeras con las puntas arqueadas, un curlas, tres barras de labios, dos polveras, un desinfectante de la boca, un rollo de algodón, la botella de alcohol, seis cepillos de dientes —blanco, transparente, amarillo, azul y caramelo—, un cartón de horquillas, una jeringa, un cuentagotas, una caja de microsupos sedantes, una lima de uñas, un frasco de gotas para la nariz, un pulverizador, dos peras de goma, un jabón, dos rollos de vendas, una docena de rulos de plástico blando para el pelo, un cepillo de uñas, otro de cabeza, un espejo redondo; tubos de maquillaje, endurecedor de uñas, crema limpiadora y crema nutritiva; frascos de colonia, mercurocromo y sales de fruta; rímel, dos peines —negro y blanco—, laca, tres lápices —negro, verde y azul para los ojos, un termómetro en su estuche metálico, una cajita plateada de chinchetas y un tubo azul claro de pomada antihemorroidal.

A Quico se le hizo la boca agua:

—Cuántas cosas, ¿eh, Cris?

La niña se situó junto a él. Cogió un rulo de plástico y lo arrojó al retrete.

—A—ta—ta —dijo.

Quico rió. Se sentía feliz en aquel paraíso.

—No, Cris, —le reprendió—. Eso es para hacer caca.

—Ca—ca —dijo Cris.

—¿Quieres caca? —dijo Quico, distraídamente.

Abrió el estuche del termómetro.

—Ven que te lo pongo —dijo.

Sentó a Cris en el suelo y le sujetó el termómetro en la ingle. Inmediatamente se lo quitó y lo miró al trasluz.

—Estás mala —dijo.

—A—ta—ta.

—¿Te pongo un supositorio?

Se sentó en la banquetita blanca, bajó las bragas a su hermana y cogió un microsupo sedante. Se lo introdujo en el trasero, pero el supositorio volvía a asomar como si estuviese vivo. Quico decía:

—No, Cris, no lo cagues.

A horcajadas sobre las piernas de Quico, Cris agitaba la caja de chinchetas. Finalmente admitió el supositorio.

—Así, la nena es buena —dijo Quico, subiéndole las bragas.

Volvió a encucillarse frente al armario mágico y apenas oyó rodar la caja plateada de chinchetas por el inodoro. Denegó con la cabeza:

—Lo de afeitarse no está —dijo.

Cristina decía “no, no” con la cabeza y él añadió:

—Lo tiene Papá guardado, ¿verdad?

La niña observaba seriamente cada uno de los movimientos. Quico tomó los lápices de los ojos y dijo:

—¿Te pinto como a Mamá?

La niña no decía ni sí ni no.

—Cierra los ojos.

Cristina los cerró y Quico trazó varios garabatos sobre sus párpados, con pulso tan inestable que los rayones se le extendían por las sienas y el caballete de la nariz.

—Ahora la boca —dijo.

Cogió una barra y le echó el aliento y la aplicó insistentemente a los labios húmedos y gordezuelos de la niña. Cristina sacaba la lengua y la chupaba. Quico reía con toda su alma:

—No, Cris, si no es de comer.

Los berretes rojos le alcanzaban hasta las orejas y Quico dijo, después de mirarla:

—Pareces un indio de la tele.

Súbitamente sonaron los tacones de Mamá, allá lejos, en el entarimado, y Quico se asustó, quiso guardar todo al mismo tiempo, pero su antebrazo topó contra el suelo. Mamá decía:

“Domi, Domi, ¿cómo están tan callados los niños?” La Domi salió a su encuentro, desde la cocina, y decía:

“Ahí están, señora, tan entretenidos”. Y Mamá: “Hay luz en el baño, Domi”. Y Domi: “No sé”, pero los pasos avanzaban inexorables por el pasillo y Quico tomó de la mano a Cristina y dijo en voz alta:

—Eso no se hace, Cris; Mamá da azotes a la nena.

Y Cris, con la cara tiznada, le miraba indiferente.

Añadió Quico, agachándose, al oído de la niña:

—A ti no te pegan, Cris.

Pero antes de concluir, Mamá ya estaba chillando horrorizada y Quico decía con ojos de inocencia:

—Se escapó.

Y Mamá aupó a la niña y se encaró con la Domi y le decía: “Dígame, ¿con qué confianza voy a dejarle a los niños?” Juan apareció en la puerta del cuarto de jugar.

—¡Ahí va! —dijo—. Parece un piel roja.

Y dijo la Domi:

—Pues ya ve, en un momento que he ido a la cocina.

Mamá perdió la cabeza y le dijo que qué pintaba ella en la cocina y que parecía que lo hacía aposta y que un día los niños se iban a envenenar y que con qué confianza iba ella a dejarle a los niños y que qué pintaba en la cocina y que parecía que lo hacía aposta, hasta que, al fin, la Domi se cansó y dijo:

—Mire, señora, pues si no está contenta, ya sabe.

Mamá se encaró con ella.

—Pues, no, Domi —dijo—. No estoy contenta. Así que decida.

Mamá, con Cris en brazos, taconeó pasillo adelante y Quico corría tras ellas y le decía a Mamá:

—¿No le pegas a Cris?

Mamá le respondió en el mismo tono con que hablaba a la Domi minutos antes:

—No, es chiquitina. Ella no tiene la culpa. De pegar a alguien, tendría que pegar a otras que tienen la culpa.

Ella es chiquitina y no sabe lo que hace.

La Domi tenía los ojos enramados, un pañuelito blanco en la mano y parecía mucho más vieja. La Vítora conectó el transistor para matar el silencio. Sus ojos estaban también hinchados y se desenvolvía en la cocina con apática desgana. Dijo la Domi:

—Encima lo del Femio. ¿Crees que yo merezco que se porte así conmigo, él que decía “para mí, usted como una madre, señora Domi”. ¡Ya ves qué madre! ¡Y que no es para un día ni para dos!

La Vítora se cuadró ante ella:

—Ya está bien, señora Domi, ¿no?

No me dé más la murga. Si no me lo ha dicho usted veinte veces, no me lo ha dicho ninguna. Y ¿qué quiere que yo le haga?

—No te pongas así; tampoco es para que te pongas así, creo yo.

Una voz grave, henchida, dijo por el transistor:

“La niña abandonada es ya una mujercita, María Piedad, y una mañana de crudo invierno llega a pedir colocación en casa de la señora Marquesa”.

Añadió la Vítora, moviendo la cabeza hacia el aparato:

—Ya verá como va a resultar que es su hija.

Quico trajinaba sobre los baldosines y cuando volvió el silencio, de forma que sólo se sentía la voz meliflua, levemente nasal, de María Piedad, se incorporó y le dijo a la Domi:

—No te marches, Domi; yo no quiero que te marches.

La Domi le apartó bruscamente:

—Tú tienes la culpa. Si me marchó es por ti, de manera que ya lo sabes.

—No, Domi.

—No, Domi; no, Domi, ¿y quién ha pintado a la Cris?

—Ella.

—Ella, ella; ¿te crees tú que la Domi se chupa el dedo?

—Yo no me chupo el dedo, Domi.

—Bueno —dijo la vieja—. No contestes encima.

Los ojos de Quico se entristecieron:

—Domi —dijo—, eso no es contestar, eso es hablar.

El transistor decía: “La señora Marquesa llegó a considerar a la joven María Piedad como una pieza insustituible en palacio. Una tarde de primavera le dijo: _”María Piedad, eres hermosa y discreta..._”.

Quico salió de la cocina cariacontecido y cuando cerró la puerta, la señora Marquesa cerró la boca. El cuarto, a mano derecha, permanecía en tinieblas y él dobló a la izquierda y penetró en el salón.

Mamá tejía un ovillo gris bajo la lámpara y tras ella, tendida en la alfombra verde claro, jugaba Cristina con el gigantesco encendedor de plata.

Juan se sentaba —”La Conquista del Oeste” entre sus manos— frente a Mamá, que parecía muy agitada, pero era como si su nerviosismo escapase por las puntas de las agujas cada vez que entrechocaban. Quico se aproximó a ella. Dijo Mamá sin mirarle:

—No pongas las manos ahí.

Quico retiró las manos de los brazos del sillón y quedó con ellas en el aire, sin osar moverse, temeroso de provocar un nuevo conflicto. Dijo en voz baja:

—Mamá, yo no quiero que se marche Domi.

—Que lo diga —dijo Mamá.

Quico aguardó un rato antes de hablar:

—Si se va Domi —dijo—. ¿Ya no vuelve nunca, nunca?

—Otra vendrá —dijo Mamá.

—Yo no quiero que venga otra.

Se sentó en el borde del sillón y sacó del bolsillo la punta y el tubo de dentífrico. Tomó aquella entre dos dedos, sujetándola por los extremos y la hizo girar:

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Mamá.

—Un clavo —se lo alargó—; toma, para que no se pinche Cris.

Pero Mamá contaba los puntos y murmuró: “Un momento” y mientras Mamá producía un bisbiseo como el de las viejas al rezar, Quico sintió las ganas y cruzó las piernas y se sofocó todo y cuando Mamá le dijo: “Trae”, él respondió: “¿Cuál?” y Mamá levantó los ojos y dijo: “la punta, ¿dónde la has puesto?” Y entonces le vio congestionado y levantó la voz:

“¿Dónde has puesto la punta? ¿Te la has tragado?” Quico asintió, sin valor para contradecirla. Mamá se levantó y le cogió la cabeza con las dos manos:

—Vamos, habla, ¿te has tragado la punta?

—Sí —dijo Quico tímidamente.

—Levanta, ¡anda, levanta! —chilló Mamá y Juan dejó el álbum sobre la mesita enana y miró envidiosamente para su hermano, mientras Mamá buscaba por la mesa, y por el sillón, y por el suelo y decía: “¡Dios mío, Dios mío, qué chico! Es de la piel de Barrabás”. Y levantaba la alfombra y le dijo a Juan: “Ayúdame”, y los dos se pusieron a revolver todo. “No está, no está en ninguna parte —dijo Mamá—, ¿será posible?” Le incorporó y le cogió por la cintura agachándose:

—¿Te la has tragado, verdad que sí?

Quico asintió. Añadió Mamá toda alborotada:

—¡Dios santo, qué disgusto! —Volvía a mirar bajo el sillón, en la mesita enana—: Si hace un momento la tenía en la mano; el niño la tenía en la mano y me la quiso dar.

Mamá estaba a punto de llorar.

Quico marchó a la cocina y al empinarse y abrir la puerta oyó la voz sollozante de la señora Marquesa:

—¡Hija, hija mía!

La Vítora se sonó:

—¿Qué le dije?

La Domi se llevó el pañuelo a los ojos. Quico se plantó en el centro de la cocina y dijo:

—¡Me he tragado una punta!

Mamá entró tras él, descompuesta, de forma que todo lo que no era de ella —el rímel, el colorete, el rojo de los labios, la laca rosada de las uñas— resaltaba sobre su palidez de cera. La Domi dio un brinco, agarró a Quico de un brazo y le zarandeó:

—Esto es más malo que un dolor.

¿Es cierto eso, señora?

Mamá apenas tenía voz:

—Déjele —dijo—. Yo he tenido la culpa.

—¡Virgen! —dijo la Vítora.

Pero Mamá iba de un sitio a otro, desconcertada, se puso un zapato y corrió al teléfono. Colgó antes de hablar. Juan la seguía. La Vítora, inclinada sobre Quico, le decía:

—¿Te pincha?

—Sí.

—¿Dónde te pincha, hijo?

—Aquí. —Quico se señalaba la boca.

Mamá dejó el teléfono. Le puso cuidadosamente la mano en el estómago.

—¿Aquí o aquí? —preguntó desfondada.

Quico apuntó el estómago, sobre la mano de Mamá:

—Aquí —dijo.

—Dios mío, Dios mío —dijo Mamá.

Volvió a agarrar el auricular. Le dijo a la Domi—: Tráigame los zapatos bajos.

Y, luego, “sí... sí... ya... una punta... ahora mismo... Quico...

grande más bien... no, roñosa, no...

un descuido... ya... sí, sí... dice que le pincha... estoy aterrada, Emilio... no, no él no sabe nada... ¿ahora?... dos minutos... Gracias, Emilio... sí, sí... ya... ahora mismo...

bueno... bueno... gracias..., Emilio”. Colgó el auricular. Quico la miraba con una sonrisa radiante. Juan le miraba a él y Quico se le encaró y le dijo:

—Me he tragado una punta, Juan.

—Ya —dijo Juan.

Y Mamá corría desatinadamente y decía: “El abrigo de piel”. Y más tarde: “Vítora, llama al señor, que me mande el coche”. Y más tarde:

“Lávale al niño las manos y las rodillas”. Y más tarde: “¿Te pincha mucho, hijo?” E iba de su dormitorio al cuarto de baño, del cuarto de baño a la cocina, de la cocina al dormitorio, del dormitorio al teléfono.

La Vítora dijo:

—Trae el coche Uvenceslao, señor; el señor no puede venir, tiene una junta.

La Domi portaba a Cristina en brazos después de lavarle las manos y las rodillas a Quico y de ponerle el abrigo a cuadros y la caperuza roja.

El transistor, en la cocina, decía:

“Madre ¿y pensar que hemos vivido dos años una junto a la otra sin conocernos?” Pero no encontraba eco. Las manos de la Vítora tenían los dos dedos agarrotados, corvos como garras.

Le dijo Quico, sonriendo:

—Anda, Vito, me he tragado una punta.

Ella se pasó el revés de la mano por la nariz. Dijo:

—Dios quiera que no tengamos algo que lamentar. —Volvió la cabeza hacia el dormitorio—: ¿Le voy bajando, señora?

—Sí.

El “sí” de Mamá era algo patético, casi inaudible.

Ya en la puerta de la calle, Quico se entretuvo viendo el desfile de motocicletas y automóviles. Cada vez que se detenían le decía a la Vítora:

—Está rojo, ¿verdad, Vito?

—Sí, majo; está rojo.

La gente marchaba con las solapas subidas, las manos en los bolsillos, a paso rápido. Pasó una mujer con un niño como de cinco años que berreaba.

La mujer se detuvo junto a la puerta:

—Mira, Angelín —le dijo—, mira qué niña más maja.

La Vítora se sulfuró:

—¡Es niño, para que lo sepa!

La mujer se alejó murmurando y la Vítora dijo de pronto:

—Ve ahí está el Uvenceslao.

Condujo al niño hasta el automóvil.

Mamá llegaba en ese momento.

—Al médico —dijo—. De prisa.

Cerró la portezuela.

—Me he tragado una punta —dijo Quico.

Uvenceslao volvió ligeramente la cabeza:

—¿Que te has tragado una punta?

Mamá se impacientó:

—¿Por qué se detiene?

—Está rojo, señora.

En la esquina estaba la castañera y, en la otra esquina, Julianillo, en su kiosco forrado de revistas y de tebeos, donde Quico compraba sus juguetes de plástico cada domingo y, más allá, el Cacharro, en su carrito, pordioseando y, ya en la calle Mayor, la gente se apiñaba ante las taquillas del Teatro Quevedo, donde un gigantesco cartelón decía: ““La verbena de la Paloma””. Toda la gente parecía que fumaba y el coche tan pronto se llenaba de luz como se apagaba.

El médico les esperaba ya con la bata puesta.

Mamá se echó a llorar:

—Estoy aterrada, Emilio —dijo—.

Toda la culpa es mía.

El médico tomó a Mamá delicadamente por el brazo:

—Ten serenidad, bobita —dijo—. No será nada. Pasa.

—¿Tú crees?

—Ahora veremos.

Se encerraron los tres en un minúsculo cuarto, con una lucecita roja en un rincón y un gran aparato de hierro y cristal, en el centro. Quico dijo:

—Me he tragado una punta.

—¿Estás seguro? —dijo el médico.

—Sí.

Mamá intervino:

—Es seguro, Emilio; la tenía en la mano cuando miré y, al segundo, cuando le volví a mirar, ya no la tenía y estaba rojo como la grana. He revuelto la habitación de arriba a abajo y allí no había punta ni Dios que la fundó.

—Calma —dijo el médico—. Tranquilízate. ¿Te importa que fume?

—¡Oh, no, por Dios! —Mamá revolvió en la cartera. Sacó un cigarrillo y se inclinó hacia el médico—: Dame lumbre a mí también, ¿quieres?

El médico aproximó el mechero:

—¡Oh, perdona! —dijo—. En seguida le veo. En unos minutos me acomodo.

Quico reparó en el fantasma blanco bajo la luz roja, alzó los ojos y todo lo vio bajo un resplandor espectral.

Inquirió:

—¿Es el infierno?

Agarró la mano de Mamá, de pie a su lado.

—No, hijo.

—¿No estarán los demonios detrás de eso? —apuntó al extraño artefacto de hierro y cristal.

—Aquí no hay demonios —respondió Mamá.

El fantasma observaba al niño atentamente. Dio una chupada al cigarrillo y, conforme expulsaba el humo, dijo:

—Este niño es imaginativo, ¿verdad?

Mamá rió en corto, indecisa:

—No sé... —dijo—. No sé qué decirte. Yo creo que, más o menos, como todos.

El Fantasma blanquirrojo se agitó un momento:

—Como todos, no —dijo—. Piensa demasiado y habla demasiado claro para su edad, ¿qué tiempo tiene?

—Tres años —dijo Mamá—. En abril hará cuatro.

—Ya ves —dijo el Fantasma.

Quico oprimía la mano de Mamá que pateaba el suelo rítmicamente.

El Fantasma fumó de nuevo y preguntó:

—¿Estás nerviosa?

Mamá rió otra vez en corto:

—Si he de decirte la verdad, se me ahoga con un pelo.

—¿Cómo era la punta: cinco centímetros, cuatro, tres, menos?

Mamá elevó una mano en la penumbra rojiza:

—Una cosa así; aproximadamente dos centímetros y medio, creo yo.

El Fantasma arrojó la colilla a un cenicero de rincón.

—Vamos a ver —dijo—, quítale la ropita. Eso no hace falta; levántaselo. Así —le empujó tras el cristal, conectó y surgió el zumbido—: Vamos a ver —repitió.

Quico dijo a Mamá:

—Dame la mano.

La respiración de Mamá era muy agitada. El Fantasma murmuraba, con leves intermitencias: “Aquí no hay nada... nada... nada... ¿te hago daño, pequeño?... bueno nada —le oprimía el estómago y el vientre—: bueno... aquí tampoco... nada... no se ve nada... a ver... date la vuelta... ¿te hago daño?...”

tampoco... sí que es raro esto; un cuerpo extraño se acusa en seguida. —Le volvió de nuevo y, finalmente, dio la luz. Clavó en Quico sus gafas de montura negra y le dijo a Mamá—: Salvo que el clavo haya quedado horizontal, la punta hacia mí, no hay explicación posible. No se ve nada.

—Dios mío —musitó Mamá.

—No, bobita, no te preocupes. Estas cosas suelen resolverse solas.

Que no se mueva mucho, en particular evita movimientos violentos, fútbol, saltos —jugueteaba con un bolígrafo azul—. Y, luego, que coma espárragos, puerros, pero enteros...

—¿Las hebras también? —preguntó Mamá.

—Eso es precisamente lo que quiero decir. La estopa envuelve la punta y protege el estómago y las paredes abdominales.

Mamá denegaba con la cabeza, cada vez más descorazonada:

—Lo intentaré, Emilio —dijo con desánimo—. Pero no tengo ninguna fe; las tragaderas de este niño son una calamidad.

—Es necesario —dijo el Fantasma.

Mamá continuaba moviendo la cabeza de un lado a otro y el Fantasma añadió:

—Y con esas malas tragaderas que dices que tiene, ¿no tosió, ni se atragantó, ni le sobrevino una arcada cuando...?

—Nada —corroboró Mamá—. Cuando le miré estaba congestionado, pero de arcadas y eso, nada.

El Fantasma golpeó varias veces el hule verde de la mesa con la punta del bolígrafo.

—Es extraño —dijo, y miró fija, obstinadamente a Quico—: Este chico es el anteúltimo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué edad tiene el pequeño?

—Es niña, Cristina.

—Es igual, ¿qué edad tiene?

—Un año.

El Fantasma hacía dibujitos caprichosos en un secante y sus labios se entreabrieron en una sonrisa.

Quico dijo:

—¿Pintas un tren?

—Eso —dijo él—, un tren. —Y añadió—: De forma que durante dos años y medio éste ha sido el benjamín de la casa, ¿no es cierto?

—Más o menos.

Sobre la cabeza del Fantasma había un cuadro con muchas cabecitas guillotinas y, en un ángulo, decía: "Facultad de Medicina, 1939-1945". A la izquierda había un calendario con una cunita, un niño dentro y a su lado un viejo barbudo y, al otro lado, un perro manchado, color canela, meditabundo. El Fantasma seguía sonriendo y Mamá dijo:

—¿No irás tú también a sermonearme sobre esas tonterías de los complejos?

—No es eso, pero a todos nos duele dejar de ser protagonistas, no te quepa de ello la menor duda.

—¿El príncipe destronado?

—Exactamente —dijo el Fantasma—, tú lo has dicho. Eso no es una invención. Esa teoría no es una formulación caprichosa. El niño que durante años ha sido eje, al dejar de serlo se defiende; no se resigna; trata de llamar la atención sobre sí.

Mamá pestañeó escépticamente:

—¿Y se traga una punta para eso?

—O lo inventa.

Mamá se impacientaba:

—Mira, Emilio, el niño estaba a mi lado y estoy por decirte que soy testigo de cómo se ha tragado la punta. Le he visto materialmente cómo se la tragaba.

El Fantasma sonrió:

—Bobita —dijo y tomó una mano de Mamá entre las suyas—. La experiencia me dice que hay príncipes destronados que se fingen cojos, se escapan de casa o se sueltan de la mano de la niñera para cruzar la calzada. El caso es atraer sobre ellos una atención que meses antes conseguían sin esfuerzo de su parte. No te diré que sea una enfermedad psíquica, pero se le parece. En estos casos hay que actuar con sumo tacto, de manera que la transición sea insensible. No quiero afirmar que éste sea el caso, pero es muy raro que esa punta no se acuse a rayos, la verdad.

Mamá retiró la mano y se levantó como enfadada con el Fantasma:

—Escucha, Emilio. Desde que me casé me he pasado la vida destronando príncipes y ésta es la primera vez que uno se traga un clavo en represalia.

El Fantasma se levantó también y sonreía con un colmillo de oro, reluciente, y dijo:

—Estás nerviosa, bobita, y lo comprendo. Toma las precauciones que te he dicho, vigila las deposiciones y tenme al corriente.

Mamá taconeaba firmemente en las escaleras de mármol. Quico descendía de su mano, pareando los pies a cada escalón. En el primer rellano se detuvo y levantó su rubia cabeza:

—¿Me ha sacado la punta el médico de la barriga? —preguntó.

—Claro —respondió Mamá—. Ahora tendrás que comer espárragos para curarte del todo.

Quico arrugó las cejas.

—¿Espárragos? —dijo—: ¡qué asco!

Uvenceslao se quitó la gorra para abrirles la portezuela. Mamá se arrellanó en el asiento trasero y cogió al niño en brazos. Por un momento su rostro se ensombreció. Le palpó una y otra vez las posaderas:

—Te has repasado, Quico —dijo con la mirada encendida.

—Un poco —admitió el niño, atemorizado.

Pero Mamá, tras la reacción inicial de destemplanza, sonrió generosamente:

—A casa —le dijo a Uvenceslao.

Y, después, estrujó a Quico contra las pieles:

—Ha sido del susto, ¿verdad, chiquitín? Pero ya no lo vuelves a hacer. Ahora te quedas quietecito con Mamá y mañana ya estás curado.

Quico recostó la rubia cabeza en el pecho de Mamá y sonrió:

—Claro —repitió—, ahora me quedo quieto y mañana ya estoy curado, ¿verdad, Mamá?

Mamá se desprendió del abrigo con majestuosa displicencia y lo entregó a la Vítora y la Vítora le dijo:

—¿Qué dijo el médico, señora?

—Que no lo ve.

—Que no lo ve, ¿cuál?

—¿Cuál va a ser, hija, que preguntáis cada bobada...? La punta.

—¡Ande! ¿Y cómo la va a ver si el niño se la ha tragado?

—Con los rayos X, mujer.

La Vítora redondeó los ojos y la boca, pero no dijo nada. Colgó el abrigo en el ropero y se volvió hacia el niño. Mientras le quitaba el abrigo y la capucha le decía:

—Ven aquí, Barrabás; que eres más malo que Barrabás. De la piel del diablo eres tú; ¡madre, qué crío éste!

No gana una para sustos con él.

Pero Quico oyó la música en el cuarto del fondo y echó a correr por el pasillo y, desde la puerta, divisó a Merche y a Teté braceando, culeando, siguiendo el compás del tocadiscos a toda potencia, y a Marcos y Juan, recostados en la mesa, mirando, y Merche canturreaba:

Lo bailan las muchachas y la gente mayor pues es el nuevo ritmo que ha nacido del rock; la rubia, la morena, pelirroja, da igual.

Tan sólo es necesario no perder el compás.

Twist, twist, baila el twist, mi amor.

Twist, twist, baila sin cesar y sentirás el ritmo en ti con una fuerza que te hará feliz...

De pronto, Merche le descubrió y corrió hacia él y le levantó en brazos y le dijo:

—¿Qué dice el rubito? ¿Es verdad que te has tragado una punta, hijo?

Quico asentía. Le rodearon todos, Teté, Marcos y Juan. Juan dijo, abriendo los dedos pulgar e índice como una pinza:

—¡Jobar! Una punta así de larga.

—Me la ha sacado el médico, anda —dijo Quico.

El disco sonaba a todo volumen cuando se presentó la Domi con Cris en brazos. La puso en el suelo:

—Anda, bonita, échate un tui con el Quico —dijo.

La niña culeó desganadamente mientras Quico braceaba con todo entusiasmo, se encucillaba, se incorporaba, procurando obedecer el compás.

La Domi rezongaba:

—Me se duerme en los brazos. No se entretiene con nada, yo no sé qué le pasa.

La irrupción de Mamá les dejó paralizados:

—¿Están todos locos? ¿Es que no saben que el niño no se puede mover? ¡Quico, déjate de bailes y vente a sentar conmigo al salón!, ¿has oído?

Quico salió sumisamente tras ella seguido de Juan. Al llegar al salón, Mamá le entregó un montón de postales y le sentó en una silla, bajo la lámpara.

—Anda, míralas —dijo—. Y a ver si puedes parar quieto hasta que te acuesten.

Dijo Juan.

—¿Son las que pintan los pobres con los pies?

—Los pobres y los ricos —dijo Mamá—. Las pintan con los pies los que no tienen manos —les dejó solos.

Quico le miró de refilón:

—Con los pies, Juan —rió.

Las pasó una tras otra. Juan las contemplaba también por encima de su hombro. Al concluir de verlas Quico las barajó. Quedó en primera posición una vista de un riachuelo con un rústico puentecillo de madera. La cara de Quico se iluminó:

—¿Te acuerdas, Juan —inquirió—, cuando me caí a un río y no me picó nada? ¿Te acuerdas?

—Sí —respondió Juan.

Del cuarto de atrás llegaban ritmos de twist, y de madisson y de rock.

Juan agarró una postal y la volvió:

—Voy a escribir a Mariloli —dijo.

Quico volvió otra, como hiciera su hermano:

—Y yo —dijo.

—Tú no sabes.

—Sí sé.

—A que no.

—Sí sé.

—No sabes porque eres un pequeñajo.

—¡No soy un pequeñajo!

—Sí.

—¡No! —gimió Quico.

—Un pequeñajo que ni va al cole ni nada.

—¡No! —Quico prorrumpió en un llanto rabioso. Instantáneamente apareció Mamá alarmada:

—¿Qué es lo que pasa?

Quico se explicó entre sollozos:

—Juan dice que soy un pequeñajo y que no sé escribir a Mariloli y que...

Impulsivamente Mamá propinó dos cachetes a Juan. Tras el segundo se quedó con la mano en alto y musitó:

“Otro príncipe destronado —agitó la cabeza de un lado a otro y añadió como para sí, malhumorada—: Yo no sé si esta casa acabará siendo el palacio real o un manicomio.” Le tendió un bolígrafo a Quico:

—Ten. ¡Escribe! —dijo.

La mejilla sonrosada de Quico casi rozaba la postal. Dibujaba con pulso inseguro, sonriente, palitos y aros bajo la inquisitiva, despectiva, mirada de Juan:

—{ésta es la O —dijo.

—¿Y la A? —inquirió Juan.

—{ésa no sé.

—Lo ves, pues es la O con un rabito; mira, así —le devolvió el bolígrafo.

—¿Así, Juan?

—Sí.

Trazó torpemente un palo vertical y le coronó con un punto:

—{ésta es la I —añadió.

Dibujó unos garabatos entre las letras y al entrar de nuevo Mamá, le mostró la postal orgulloso:

—Es para Mariloli —dijo.

—¡Qué bien! —dijo Mamá—. Escribes ya muy bien. —Retiró las tarjetas. Agregó con voz temblona depositando un plato en la mesita enana—:

Ahora el niño es bueno y va a comerse unos espárragos, ¿verdad, mi vida?

Le subió a Quico hasta la garganta una irritación sorda:

—¡Pues que se callen!

—¿Que se calle quién? —preguntó Mamá pacientemente.

—¡Pues que no bailen!

—Anda, Juan —dijo Mamá—, dile a Merche y a sus amigas que dejen el tocadiscos.

—¡Pues que venga la Vito! —añadió el niño.

—Y dile a la Vito que venga —voceó Mamá a Juan que ya alcanzaba la puerta.

—¡Pues... pues...!

Mamá le metió un espárrago en la boca. Quico mordisqueó la punta.

Dijo entonces Mamá suavemente:

—Eso son mañas de niño chico, Quico. Anda, come.

Tardó en tragar. Apareció la Vítora. La música había cesado ya:

—A ver, majo; a ver cómo te comes todo el plato como un hombre —dijo la Vitora.

La Domi llegó detrás, con Cristina recostada sobre su pecho, seguida de Juan:

—Señora —dijo—, yo no sé qué hacer con esta cría; me se duerme toda, no hago vida de ella.

Cris cerraba pesadamente los párpados y no conseguía enderezar su negra cabecita. Tan pronto la Domi lo intentaba, la niña se recostaba en ella. Dijo Mamá:

—Déle un vaso de leche y acuéstela. Durmió poca siesta, ¿verdad?

La Domi señaló para el Quico con encono:

—¡éstos la despertaron, como siempre.

Mamá animaba incansablemente a Quico, pero Quico cambiaba las hebras estoposas de un lado a otro de la boca y cada vez que intentaba tragar aquella bola áspera, se le amorataba el bigote, le lloraban los ojos y le sobrevenía una arcada:

—No me gusta —dijo tras un esfuerzo.

Pues lo tienes que comer, tanto si te gusta como si no —replicó Mamá impaciente.

Intervino Juan:

—Los hilos, ¿son para atar el clavo?

—Eso —dijo Mamá—. ¡Vamos, traga!

Quico amenazaba volverse del revés cada vez que dejaba resbalar la bola hasta la glotis y de un golpe de tos la devolvía a la boca y continuaba masticándola, triturándola incansablemente. Y Mamá musitaba: “Dios mío, qué castigo” y, más tarde, “Vamos, traga”, y más tarde, “Te doy una peseta por cada bola que tragues, Quico”. Mas Quico no lo conseguía y al sonar el timbre y entrar la tía Concha se sintió liberado, se tiró de la silla y corrió hacia ella:

—Tía Cuqui —dijo—, ¿me traes la pistola?

La tía Cuqui abrió los brazos para recibirle en ellos y se lamentó:

—Pobre Quico, a la tía Cuqui se le ha olvidado la pistola; la tía Cuqui tiene muy mala cabeza. —Le dejó en el suelo y besó a Mamá—.

Hola, guapa —y luego a Juan—. ¿Ya estás bueno? —y, mientras, Quico hurgaba en el bolsillo y decía:

—No importa, como ya tengo otra pistola, ¿verdad, tía?

—¿Tienes otra pistola?

—Sí, mira.

Extrajo el tubo de dentífrico del bolsillo y, al volver el forro, la punta cayó sobre la alfombra verde claro y Mamá chilló:

—¡La punta!

Y Quico miraba el clavo brillante sin pestañear, la bola de estopa inflándole un moflete, paralizado, como un pointer ante la pieza. Mamá insistió:

“¡La punta, es la punta!” —se agachó y la examinó—: “Claro que es la punta” —repitió—, y la tía Cuqui dijo: “¿Qué ocurre con la punta, mujer?”, y

terció Juan: “Decía que se la había tragado y le han llevado al médico y es mentira”.

Mamá hacía extraños visajes con los ojos y sonreía y apretaba los labios alternativamente y, como colofón, zamarreó a Quico con violencia al tiempo que le decía:

—Era para matarte. ¿No te das cuenta de que has dado a Mamá un susto de muerte?

La tía Cuqui sonreía con una expresión piadosa:

—Es pequeño —dijo—. No se da cuenta.

Juan salió corriendo del salón y a los pocos segundos regresó seguido de Merche, Teté, Marcos y la Vítora.

Dijo Merche:

—¿Es verdad que es mentira que Quico se había tragado el clavo?

—Mira —dijo Mamá mostrándoselo.

Quico continuaba impasible en el centro del círculo acusador y tan sólo los párpados subiendo y bajando denotaban vida en su rostro.

—¡Jobar, vaya cara! —dijo Marcos.

La Vítora se arrodilló junto a Quico y le miró a los ojos. Sus palabras eran medio caricias, medio reconvención:

—¡Huy, qué chico! —dijo— ¿Por qué dices que te has tragado la punta, di, si la tienes en el bolsillo?

Quico levantó los hombros y adelantó el labio inferior en señal de protesta. Se sentía acosado. Respondió débilmente:

—El médico me la ha sacado, Vito.

Tía Cuqui rió. Merche rió y dijo riendo:

—¡Qué mentiroso es!

También la Vítora rió nerviosamente:

—Para todo encuentra salida este crío —añadió.

Quico daba vueltas y más vueltas al tubo de dentífrico con los ojos bajos.

Intervino la tía Cuqui y le tendió una mano:

—Déjale —dijo—; el niño ya va a ser bueno, ¿verdad que ya eres bueno, Quico?

A Mamá le estallaba dentro la alegría, pero se fingía contrariada. Le dijo a la tía Cuqui:

—Me ha dado un susto de muerte, mujer; no puedes imaginarte qué tarde he pasado; y lo peor es qué le digo yo ahora a Emilio después de asegurarle que he visto cómo se la tragaba —volvió los ojos a Merche—: Llama a tu padre y dile que ha aparecido la punta, que todo ha sido una falsa alarma.

—Se sentó en el sillón frente a la tía Cuqui y añadió—: Vítora, llévase esos espárragos.

Quico la miró implorante:

—¿Puedo escupir la bola? —preguntó.

Mamá le puso bajo la barbilla un cenicero de plata:

—Sí anda, échala.

Quico la echó. Entonces la tía Cuqui preguntó a Mamá si Papá aún no había regresado y Mamá aclaró:

“tiene una junta”, pero se la veía incómoda, como si también ella necesitase escupir la bola, y, finalmente, dijo:

—Nos hemos peleado.

—¿Otra vez? —inquirió la tía Cuqui.

A Mamá empezaron a brillarle los ojos:

—Es insufrible, te lo aseguro.

La tía Cuqui meneó la cabeza varias veces, de un lado a otro:

—Yo con mi hermano no hubiera podido vivir ni dos días —confesó—. Es un carácter el de Pablo que me puede, me saca de quicio, lo reconozco.

Habían marchado todos y Quico miraba las manos pequeñas, nerviosas, limpias de todo adorno, de la tía; Merche se asomó a la puerta seguida de Teté y de Marcos:

—Que bueno —dijo—. Dice Papá que bueno, ¿podemos poner el tocadiscos?

—Sí —respondió Mamá y, cuando salieron corriendo, añadió bajando la voz—: Siempre apunta donde sabe que hace daño. Si sólo fuera discutir, no me importaría, pero Pablo tira golpes bajos a sabiendas, con el mayor encono.

—Siempre ha sido así —admitió la tía Cuqui—. Yo con Pablo no hubiera podido vivir ni dos días.

Mamá carraspeó. Parecía que encerraba más bolas dentro. Dijo con un hilo de voz:

—Lo nuestro hace años que ha terminado —señaló a Quico con la barbilla—. Pero éstos están y hay que fingir. Mi vida es una comedia.

La tía Cuqui se encampanó:

—Eso no —dijo—. El matrimonio se hace y se deshace entre dos. Tuvisteis unas relaciones lo suficientemente prolongadas para conocerlos. El matrimonio no se rompe si uno no quiere. Y puesta a hacer comedia, ¿por qué no lo tomas más arriba y finges con tu marido?

Llegaba, muy acolchada, la voz de Hayley Mills, cantando “America the beautiful” y Quico, al oírlo, salió disparado hacia el cuarto de jugar.

Marcos, Teté, Merche y Juan rodeaban al tocadiscos. Teté marcaba el compás con el pie, mientras Juan se hurgaba en la nariz. Había varias fundas desparramadas sobre la mesa, bajo el {ángel de la Guarda, y Quico las curioseó una por una. Ante la efigie de Gelu se detuvo y señaló con la uña negra el pequeño recuadro de la Voz de su Amo:

—¡Merche! —chilló—. ¿Por qué se pone ahí el perro? Le va a matar.

Respondió Merche:

—¡Ay!, Quiquín, cada día que pasa eres más pequeñajo y entiendes menos las cosas; eso no es una escopeta, ¿sabes?, es la trompa de un gramófono del tiempo de Maricastaña.

Teté sacó de su funda el “Speedy Gonzales”, de Ennio Sangiusto, y se lo alargó a Merche:

—”Speedy”, Merche —dijo—; es que me chifla.

Juan se puso en pie súbitamente:

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho y media.

—Quico. ¡El Conejo! —voceó Juan.

Salieron los dos, pero Mamá hablaba por teléfono y decía: “Ya... ya...

ya... el príncipe destronado... ya...

vais a tener razón... sí... claro...

no había forma... gracias a Dios...”.

Quico la interrumpió:

—Mamá, ¿nos dejas subir a ver el Conejo a la tele de la tía Cuqui?

—¡Calla! —le conminó Mamá y sonrió al auricular—: Perdona... es el niño que no me deja oír... precisamente... lo siento... tú dirás... ya...

se lo diré... a buena parte vas...

Quico y Juan esperaban anhelantes el fin de la conversación. Mamá reía ahora nerviosamente, como suelen reír las colegialas de dieciséis años la primera vez que se les acerca un muchacho:

—Sí... ya hablaremos... no me atrevo... cualquier otro sitio...

sí... ya... claro... sí... de acuerdo... de acuerdo... están aquí... no puedo ahora... también yo tengo ganas... sí, ya lo sabes... lo sabes de requetesobra... bueno... eres tonto...

de acuerdo... adiós.

Colgó sin cesar de sonreír y Quico se precipitó:

—¿Nos dejas subir a ver el Conejo?

Mamá no le dejó terminar:

—Andad —dijo, y añadió apresuradamente porque Quico se escapaba tan rápido como se lo permitían sus pequeñas piernas—: ¡Dice el médico que a ver si no le damos más sustos!

Sonó el estampido de la puerta de la calle. Juan y Quico trepaban por las escaleras aceleradamente.

Juan chillaba:

—¡Deliciooso! ¡Refrescaante!

Y Quico salmodiaba:

—Están bonitas por fuera, están riquitas por dentro.

Les abrió la Valen:

—¿Ya estáis aquí? —dijo malhumorada—. La tía ha salido, de modo que ya os estáis largando los dos.

Juan levantó sus ojos oscuros, ribeteados de ojeras, implorantes:

—Valen —dijo—, ¿nos dejas ver el Conejo?

—Sí, ¿verdad?, y luego me ponéis unos suelos que dan miedo. ¿Y quién tiene que limpiarlos? ¡La Valen!

—Nos quitamos las zapatillas, anda.

Vaciló la Valen. Al cabo dijo:

—Pasar, pero quitaros las calzas, ¿eh? No os lo digo dos veces.

Los dos niños se descalzaron. Los muebles de la tía Cuqui brillaban como si tuvieran cristal. En la caldera de cobre deslumbraba la luz del vestíbulo. El orden, la pulcritud reinaban en la casa. En el cuarto de la tele la tarima resplandecía como el diente de oro del Fantasma. Los dos niños se sentaron en el suelo tímidamente y la Valen conectó el receptor.

El cuadro se adelantó hasta enmarcar el Conejo:

—Ya ha empezado —dijo Juan.

El rostro de Quico se abrió en una sonrisa:

—Mira Porky, Juan.

Y el Conejo le dijo a Porky:

—Estos gandules siempre se nos adelantan.

—Calla —dijo Juan.

El Conejo y Porky entraban en el despacho del Jefe y el Jefe les decía:

—Hay una entrega para la calle de Quincalleros.

Quico pestañeó:

—¿Qué es entrega, Juan?

—Calla.

El Conejo y Porky salieron a la calle con el paquete.

—¡Jobar, cómo corre el Conejo, Juan!

Dijo Juan:

—Es que si lo lleva antes de diez minutos le dan cinco dólares.

—¿Qué es dólares, Juan?

—Pesetas.

—¡Ah!

El Conejo había cogido una patineta y se deslizaba por la calzada, el paquete atado al manillar. Porky le seguía pedaleando en un triciclo. De repente, el Conejo se estrelló contra una farola y el paquete se abrió y rodó por la calzada una bola con un cordel encendido.

—¡Una bomba, Porky! —gritó el Conejo.

Juan y Quico sonreían.

—Les va a matar —musitó Juan morbosamente.

Y la bola reventó —¡¡boooooom!!— y el Conejo y Porky volaron por los aires y aterrizaron en un alero y al mirarse el uno al otro vieron que Porky tenía la piel del Conejo y el Conejo la piel del cerdo y Quico y Juan se reían con toda su alma y antes de que se desahogaran, la Valen, que permanecía erguida en la puerta, tras ellos, como un gendarme, indiferente a los riesgos del Conejo y de Porky, les dijo:

—Ale, ahora os ponéis las calzas y a vuestra casa otra vez; ya es hora de acostaros.

Pablo encendió la lámpara, abrió el libro, se acodó en la mesa y se sujetó la cabeza entre las manos. Leía apresuradamente, afanosamente, sin mover los labios y, al pasar las páginas, producía un ruido exagerado, como si arrebusase un periódico. Quico le miraba silenciosamente, bajo el marco

de la puerta y, al entrar Mamá, corrió hacia ella y se empinó para ver a Pablo por encima de la mesa:

—Ya has venido del cole, ¿verdad, Pablo?

—¿No me ves? —respondió Pablo.

Quico sonrió, pero al observar el ceño de su hermano se calló. Mamá le revolvió el pelo a Pablo.

—¿Estás disgustado? —preguntó.

—Pché —dijo Pablo.

—Ya sabes que conmigo no necesitas disimular —añadió Mamá.

—¿A qué ton voy a estar disgustado? —preguntó Pablo—. Tú siempre quieres saber lo que pasa dentro de uno.

Mamá hacía como que no le oía. No respondía a Pablo sino a sí misma.

Dijo:

—Ten valor y dile que no.

Pablo la miró de frente con firmeza, y Mamá humilló los ojos. Dijo Pablo:

—He dicho a Papá que iré e iré, aunque sólo sea por él.

Los ojos de Quico despedían chiribitas.

—¿Vas a ir a la guerra de Papá?

—inquirió con entusiasmo.

Le miró Pablo, sorprendido.

—Eso —dijo con aplomada gravedad—, a la guerra de Papá; exactamente es lo que voy a hacer, ¿cómo lo has adivinado?

Mamá examinaba el rostro de Pablo con minuciosa atención:

—No te agrada, ¿verdad?

Pablo se echó repentinamente hacia atrás.

—No lo comprendo, que es otra cosa —respondió, y pareció que iba a continuar, pero se reprimió y, por último, tras una prolongada pausa, añadió —:

El padre Llanes dice que asociaciones de veteranos hay en todas partes, pero, en nuestro caso, sólo serán eficaces si vamos unidos los de un lado con los del otro. Juntos, ¿comprendes? Es la única manera de olvidar viejos rencores.

Mamá asintió con la cabeza.

—¿Eso dice un cura? —inquirió.

—Eso, pero Llanes es de los jóvenes.

Mamá hablaba ahora como entristecida, como si tuviera mil años. Aclaró:

—Si los viejos no les confunden, los jóvenes suelen ver claro; seguramente el padre Llanes tiene razón.

Pablo entornó los ojos para preguntarle a Mamá:

—Tú no estás segura de nada, ¿verdad, Mamá?

Mamá no respondió al pronto; tomó a Quico de la mano y anduvo dos pasos y, entonces, se volvió y le dijo a Pablo:

—De pocas cosas, hijo. Cada día de menos cosas. —Y antes de cerrar la puerta agregó—: Haz lo que creas más conveniente.

Mamá condujo a Quico a la cocina.

El transistor de la Vítora facilitaba el parte meteorológico y hablaba de un anticiclón en las Azores y Quico dijo:

—¿Es un bicho muy grande, muy grande?, di, Vito.

—¿Cuál, hijo?

—Lo que ha dicho la radio.

Mamá intervino:

—El anticiclón es el sol; es...
cuando hace bueno.

—Entonces —dijo Quico—, nos vamos ya a San Sebas con Mariloli...

—Todavía, no —añadió Mamá y, después, a la Vito—: déle de cenar, pero no le fuerce. El calcio, sí, lo olvidé a mediodía.

Salió Mamá y entró Juan, y Quico dijo:

—Juan, Pablo se va a ir a la guerra de Papá.

—¿Sí?

—Sí, lo ha dicho.

—¡Dios! —Se abrió su profunda mirada entoldada—: Yo, cuando sea mayor también quiero ir a la guerra de Papá y matar más de cien malos. ¿Tú, Quico?

Los ojos de Quico se iban empequeñeciendo a medida que se ensanchaba la noche. Replicó:

—Yo... yo cuando sea mayor quiero ser guardia.

—Sí —dijo Juan—, ¿y si te pilla un coche?

—Pues mato al señor del coche.

Juan sonrió con suficiencia de adulto:

—Pero si estás muerto...

—Pues le mato yo antes.

La Vítora pasó la tortilla de la sartén al plato y colocó éste sobre el mármol blanco. Arrimó una silla:

—Ven acá —acomodó a Quico en sus piernas.

Quico engullía la tortilla con relativa rapidez.

—Esto te gusta, ¿eh, granuja?

—dijo la Vítora.

—Como no me se hace bola...

El transistor cantaba ahora “Doña Francisquita”.

—¡Madre, qué perra han cogido!

Quico cesó de masticar.

—¿Quién ha cogido una perra, Vito?

—Anda, come y calla.

Entró la Domi y, a poco, Mamá:

—¿Qué tal come?

—Bien, ya ve, el huevo.

Quico la miró:

—¿Verdad, Mamá, que Pablo se va a la guerra de Papá, verdad Mamá?

—Mañana —dijo Mamá.

Quico miró a Juan.

—¿Ves? —dijo triunfalmente.

La Domi iba y venía del cuarto de plancha. Una de las veces se encaró con Mamá y dijo con resolución:

—Digo, señora, que la cuenta.

—¿La cuenta? ¿Qué cuenta, Domi?

—Ande, señora, ¿cuál va a ser?, la mía.

Abría y cerraba los párpados como el muñeco de Cris, como si fuera a llorar. Y como quiera que Mamá la mirase desconcertada agregó:

—Me marchó.

—¿Se marcha?

—Ande, a ver, ¿no me ha despedido?

Se aclaró la mirada de Mamá.

Dijo:

—Domi, no trabuque las cosas a su gusto, yo no la he despedido, la he regañado, que es distinto, porque creí que debía regañarla, pero los niños la quieren y yo estoy contenta con usted, de modo que piénselo.

La Domi se reducía, se arrugaba como una ciruelita pasa. Sacó del pecho la vocecita de Rosita Encarnada para decir:

—Ande, por mí.

—Pues no hablemos más —añadió Mamá contundente—. ¿Acostó a la niña?

—Como un angelito, si usted la viera. Estaba muerta de sueño.

Mamá entornó la puerta para salir.

Miró a la Domi:

—En cuanto a lo de su hijo, recuérdemelo. Se lo diré al señor; a ver si él puede hacer algo.

Salió. La Domi hizo un gesto con el pulgar.

—Ya la has oído —dijo—, ahora se vuelve atrás.

La Vítora se sofocó:

—¡Y usted! —dijo furiosa—, sólo le faltó ponerse de rodillas. Claro que a su edad, ¿dónde va a ir que más valga?

—Vamos, calla la boca, tú —respondió la Domi, enfadada.

La Vítora llenó una cuchara sopera del gran frasco blanco y se la dio a Quico. Quico cerró los ojos y tragó.

Después se pasó con fuerza, reiteradamente, el antebrazo por los labios.

—¡Qué asco! —dijo.

La Domi abrió el portillo de bajo el fogón y sacó un cantero de jabón.

Miró al Quico.

—No vi nunca criatura más asquerosa para comer —dijo y se dirigió al cuarto de la plancha.

La Vítora dejó la cuchara en la fregadera y se puso en jarras:

—Ya está usted con el jabón; mire que le ha cogido modorra.

Los ojos de Quico se tornaban pequeñitos y apagados. Metió la mano en el bolsillo y extrajo el tubo vacío de dentífrico. Lo destapó y sonrió, con una sonrisa lejana y corta:

—Mira, Vito, una pistola.

—Sí, majo.

Regresó la Domi:

—Anda que el Femio, ni un perro se marcha así.

—No me lo miente —dijo la Vítora.

Levantó la voz—: ¡No me lo vuelva a mentar!

Juan salió de la cocina y Quico tras él. Quico avanzaba por el pasillo cansinamente. En el cuarto no había nadie. Estaba recién ventilado y olía al frío húmedo, neblinoso, de la calle. Quico miró con aprensión al ángel de la Guarda, luego sus ojos toparon con las tijeras de uñas, sobre la mesa. Guardó el tubo de dentífrico y las cogió.

—Yo era Blas —dijo.

Juan le miraba desganadamente, pero su interés fue creciendo a medida que Quico se acercaba al enchufe del zócalo y abría las puntas de las tijeras:

—¿Qué vas a hacer?

—Arreglar la luz —respondió Quico—; yo era Blas.

Fue aproximando lentamente las puntas de las tijeras a los agujeros del enchufe y cuando se produjo el contacto saltó una llamarada azul y Quico dijo: “¡ay!”, y se oyó el tintineo de las tijeras contra los baldosines y, simultáneamente, se hicieron las tinieblas.

—Me he quemado, Juan —dijo Quico en la oscuridad y se le oía frotar la mano contra la ropa—; me hace como cosquillas.

Sonó lejana la voz de Mamá:

—¿Qué pasa?

Y, al cabo, la voz de la Vítora:

—Nada, señora, el chivato.

Pero Juan voceó:

—¡Ha sido Quico que ha metido las tijeras en el enchufe!

Al tiempo que se hizo la luz, Mamá apareció por el extremo del pasillo, taconeando firmemente y, detrás, Pablo, Marcos, Merche, la Domi y la Vítora. Quico permanecía sentado, mirando el enchufe chamuscado y las tijeras diabólicas en el suelo, restregando la manita contra el jersey rojo. La voz de Mamá era tonante e implacable como la de un general:

—¿Cómo está este niño levantado?

—Le tomó por un brazo y Quico cerró los ojos y encogió el trasero, esperando el azote, pero el azote no se produjo y Mamá sólo le zarandeó mientras chillaba—: ¡Un día te vas a morir! ¿A quién se le ocurre meter las tijeras en el enchufe? Te ha dado la corriente, ¿verdad?

Quico no respondió. Observaba los rostros expectantes de sus hermanos y su consuelo fue grande al ver que Merche le guiñaba un ojo y le sonreía. Luego, uno a uno, fueron desfilando todos hacia el salón, decepcionados. La Vítora le agarró de la mano:

—Vamos, hijo —dijo—; vámonos a la cama.

Entró con él en el cuarto de baño amarillo, levantó la tapa y le puso de pie sobre la taza.

—Haz un pis bien grande —añadió sosteniéndole por la cintura.

Quico, la barbilla incrustada en el pecho, observaba el arco delgado y transparente que, misteriosamente, proyectaba su cuerpo. Al concluir, escurrieron cuatro gotitas y el breve apéndice se desmayó.

Se despabiló de repente.

—¡Huy! —dijo—, me se dobla el pito.

La Vítora le tomó por las axilas.

—A ver —respondió. Apagó la luz del aseo al salir.

¿Por qué me se dobla el pito, Vito?

—Como es de carne. Si fuera de madera o de hierro...

La Vítora se puso de pie sobre la cuna. Dijo Quico:

—De carne cocida, ¿verdad, Vito?; el pito es de carne cocida.

—A ver; de carne cocida.

Las manos agarrotadas de la Vito iban desembarazándole del jersey rojo, los pantalones, la blusa azul y los calzoncillos y ella depositaba las prendas, cuidadosamente dobladas sobre la butaca forrada de plástico. Quico bostezó aparatosamente.

—Estás que te caes de sueño, ¿eh?

El niño asintió. Miraba al ángel de la Guarda, y al sillón rameado y a las escalerillas metálicas, y a las camas vacías de sus hermanos flanqueando su cuna, y al Arco Iris. La Vito se sentó en la cama de Marcos, sentó a Quico sobre sí y le quitó las zapatillas y los calcetines. Tomó el pijama amarillo:

—Anda, mete...; no, la otra mano, así.

Le abotonó la chaqueta hasta el cuello y dijo:

—A ver si no te meas la cama como ayer, que ya eres un mozo.

Abrió la cuna y depositó al niño entre las sábanas blancas. Dijo Quico:

—Y si no me hago pis voy al cole con Juan.

—A ver.

—¿Mañana?

—No hay día más cerca. A ver:

“Jesusitooo...”

Quico bostezó de nuevo y, al concluir, paladeó el bostezo y prosiguió:

—De mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

Dijo la Vito:

—Tuyo es.

—Mío no —respondió el niño.

La Vítora le arropó maternalmente.

Dijo de súbito:

—No hemos rezado por el Femio.

¿Quieres que rezemos un poco por el Femio, Quico?

—Sí, Vito —respondió Quico, medio dormido—. ¿Se va el Femio a la guerra de Papá?

La Vítora suspiró hondo:

—Para el caso. A ver, junta las manos, así. “Jesusitooo...”

—... de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón.

—Tuyo es...

—Mío no.

—Que el Femio haga buen viaje, amén —concluyó la Vítora.

Le arropó de nuevo de forma que únicamente asomaran por el embozo los ojos y el gran flequillo rubio y, finalmente, le besó en la frente ruidosamente:

—Hasta mañana, y a ver si no te meas en la cama.

Apagó la luz y cerró la puerta.

Quico permaneció unos segundos inmóvil, traspuesto, pero al oír el chasquido abrió unos ojos terriblemente dilatados y, girándolos en las órbitas, sin moverse, divisó el resplandor que se adentraba por el montante y, en la penumbra, la inmovilidad amenazadora del {ángel de la Guarda y sus ojos y sus alas y, de improviso, los cuernos y el rabo y, entonces, gritó con todos sus pulmones:

—¡Vito!

Pero nadie acudió y el Demonio empezaba a rebullir y, a su lado, al pie de la cuna divisó al Moro muerto y tornó a vocear:

—¡Vito!!

Fue Domi la que entró:

—¿A santo de qué armas este escándalo? ¿Qué es lo que quieres, di?

—Agua —dijo Quico, repentinamente apaciguado y, bajo la luz, al amparo de la Domi, el Demonio volvía a ser el {ángel de la Guarda, sin cuernos ni rabo, y el Moro, el orinal verde de plástico, y cuando retornó la Domi y le dijo: “Toma, agua”, él bebió un buche y dijo: “Sí, Domi”, y la Domi gruñó: “Y no me pidas agua ni vino porque no vuelvo a venir, ya lo sabes”, y él respondió: “Sí, Domi” y se tumbó y apretó los párpados para no advertir el advenimiento de las tinieblas, mas al sentir el ruido de la puerta, abrió un ojo, y, en la penumbra, divisó a Longinos levantando la mano con una enorme jeringa y, detrás, al Soldado, acurrucado, con un puñal, en actitud de clavarle, y sin acertar a dominarse voceó otra vez:

—¡Vito!

Mas, a su grito, Longinos se puso en marcha y el Soldado se incorporó y Quico, aterrado, se cubrió cabeza y todo llorando a gritos y repitiendo histéricamente: “Vito, Vito, ven”, pero, nuevamente, acudió la Domi y dio la luz y se plantó a los pies de la cuna, los brazos cruzados sobre el pecho:

—¿Puede saberse qué tripa se te ha roto ahora? —preguntó acremente.

Longinos no era ya Longinos, ni remotamente, sino el costado de la librería con el jarrón encima y el Soldado tampoco era el Soldado, sino la butaca de plástico, con su ropita minuciosamente doblada, y Quico dijo:

—Quiero pis.

—¿No te ha puesto la Vito?

—No.

Le incorporó y le arrimó el orinal de plástico verde. Aguardó pacientemente:

—Ya ves —dijo, al cabo— cuánto pis, cuatro gotas. Lo que hace falta es que no te mees la cama, marrano.

Quico volvió a tenderse y se tapó los ojos cerrados con el embozo, pero, apenas lo había hecho, cuando sintió sobre sí un frenético aleteo y chilló de nuevo:

—¡Domi!

La Domi abrió la puerta:

—Buena nos ha caído —rutó—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

La voz de Quico era agresiva:

—¡Pues que no cierres!

La Domi dejó la puerta entornada, mas al sentir los pasos que se alejaban, Quico volvió a gritar:

—¡Domi!

—¿Qué?

—¡Pues que se acueste Pablo!

—Pablo tiene que cenar, de modo que ya lo sabes.

—¡Pues... pues... pues que venga Mamá!

—Tu Mamá está ocupada.

—¡Pues quiero que venga!

—A dormir —cerró la puerta.

—!!¡Mamá!!!

Oyó los tacones de Mamá a lo lejos, en el entarimado y la Domi abrió la puerta. Su voz se hizo meliflua, extrañamente acariciadora:

—Quico, hijo, ¿no ves que tu Mamá tiene que cenar?

Los tacones de Mamá repicaban ahora en los baldosines del pasillo. Oyó su voz:

—¿Qué pasa?

—Ya ve, que no se quiere dormir —respondió la Domi.

Pero Mamá ya estaba junto a él y se sentó en la cama de Marcos y le decía suavemente:

—¿Qué pasa, Quico? ¿Tienes miedo?

—Sí —musitó Quico.

—¿Y a qué tiene miedo mi niño?

Quico sacó la mano por el embozo y, a tientas, buscó la de Mamá. Mamá se la oprimió entre las suyas y él notó en seguida el calor protector:

—Venía el Demonio cuando tú no estabas y me llevaba de los pelos al infierno, con el Moro, y luego Longinos me pinchaba y el Soldado iba con el puñal de dos filos, y el Fantasma...

—Huy, cuántas historias; ¿quién te cuenta esas historias, Quico?

La voz de Mamá amansaba sus nervios y, en la penumbra, todo tenía ahora su perfil normal. Dijo Quico:

—La Domi.

—Esa Domi... —dijo Mamá.

Descendía sobre él el sueño, un sueño pesado, irresistible, pero aún oprimió dos veces la mano de Mamá antes de que sus dedos se aflojaran y su respiración se acompasase. Mamá permaneció unos minutos a su lado y, luego, se incorporó quedamente, introdujo la mano de Quico bajo las ropas y abandonó la habitación andando de puntillas. Al llegar frente a la puerta de la cocina, la Domi le salió al paso:

—¿Qué quería el niño, señora?

—Mi mano —dijo Mamá.

—¿Su mano?

—Tenía miedo.

—¡Ah!

La Domi relajó su expresión y en sus ojos brilló una chispa de ternura:

—A saber qué tendrá la mano de una madre —dijo.

Mamá adoptó un gesto duro para replicar:

—Lo malo es luego —dijo—, el día que falta Mamá o se dan cuenta de que Mamá siente los mismos temores que sienten ellos. Y lo peor es que eso ya no tiene remedio.

Fin